



UNA HISTORIA REAL
TRILOGÍA ♡ PARA SIEMPRE

Arriesgando
LIBRO-2

NORAH CARTER
PATRICK NORTON
MONIKA HÖFF

COLABORACIÓN DE
FANNY RAMÍREZ



UNA HISTORIA REAL
TRILOGÍA ♡ PARA SIEMPRE

Arriesgando

LIBRO-2

NORAH CARTER
PATRICK NORTON
MONIKA HÖFF

COLABORACIÓN DE
FANNY RAMÍREZ

ARRIESGANDO

*Norah Carter — Patrick Norton —
Monika Hoff*

y con la colaboración De fanny
Ramírez



Título: Arriesgando

© 2017 Norah Carter — Patrick
Norton — Monika Hoff y con la
colaboración

De fanny Ramírez

©Todos los derechos reservados.

1ªEdición: Marzo, 2017.

©DOLCE BOOKS

dolcebookseditorial@gmail.com

Banco de imagen: ©Shutterstock.

Diseño de portada: China Yanly

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción

total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



¡A la mierda todo! Solo quería llorar y llorar, solo quería que la tierra me tragase y me escupiera en Galicia. La depresión me consumía hasta que la tristeza se convirtió en

rabia y enfado. Tenía que sacar fuerzas de alguna manera, y la única que se me ocurrió fue encerrarme en mi caparazón y no dejar entrar a nadie. Tenía que seguir adelante. Tenía una vida, una vida con Jose y no con Josiño, por mucho que se me estrujara el corazón y no dejara de pensar en él.

El día siguiente, me la pasé encerrada en mi habitación, pensando, llorando y odiando a todo el mundo.

¿Por qué mierda me pusieron a Josiño en el camino si luego me lo

iban a arrebatarse?

En la noche, tenía que ir a trabajar al karaoke con Jose. No le hablaba, siquiera lo miraba. ¿Lo amaba todavía? Si dijera que no, estaría mintiendo, ¿pero y si lo que me ocurría era que me había enamorado de los dos...? ¿Eso era posible? Pero es que así lo sentía. Quería a Jose con todas mis fuerzas, pero estaba hecha una verdadera mierda por no poder tener a Josiño a mi lado. Pero hay una cosa de la que siempre estaré segura: en esa época, hubiera dejado todo, por irme con él. Tal y

como estaban las cosas con Jose, me entraban ganas de mandarlo a la mierda. Josiño fue un soplo de aire fresco, de alegría. Me supo dar el amor y la estabilidad que Jose no estaba consiguiendo darme. ¿Cómo hacerlo, si lo único que sabía hacer era irse con cualquier tía a mis espaldas para luego ponerme loca?

Entré al Karaoke con un humor de perros, así que imaginaos lo que me entró por el cuerpo cuando vi a una de las tantas estúpidas con las que habían intercambiado saliva con Jose en este tiempo que estuvimos juntos. Tenía una cara de puta que

no era normal, o quizás debido a como estaba, todas me parecían unas putas y los hombres unos cabrones. Ni le di una segunda mirada y la pasé cerciorándome de empujar su hombro más fuerte de la cuenta. Estaba que me comía a cualquiera del cabreo que tenía.

Me lo pasaba todo por el forro de las bragas, hablando claro. Tenía a mi gallego grabado en la mente, en los besos que le estaría dando una vez que saliera de aquí. No que en lugar de eso, ya no lo volvería a ver nunca más.

De reojo miré hacia Jose, una vez que pasó por el lado de la chica, él avergonzado, agachó la cabeza y siguió detrás de mí como un perrito faldero. Supuestamente, como me había dicho, le daba verdadera vergüenza que yo me cruzara con ellas. A mí ya me daba igual todo. Tenía ganas de matarlo, por estúpido y capullo. A nada estaba de plantearme de verdad alejarlo de mi vida para siempre.

Después de un rato que me la pasé cambiando de discos y escuchando a todo ejemplar entonar como una mismísima ballena pariendo, otra

de ellas, apareció. Y yo que había tranquilizado el enfado, éste volvió con todas sus ganas y fuerzas. Eran tantos los deseos de reventarle a Jose un vaso en la cabeza que hasta él se dio cuenta. No la saludó, como a la otra, siquiera le dio una mirada completa. Se veía el arrepentimiento acaparar todo su rostro. Como si la canallada que me había hecho no fuera más que un error. Un error que el muy mamón, había disfrutado como nadie. Pero claro... una pequeña sonrisa hizo que mi orgullo casi machacado y pisoteado, se alzara. En vez de sentirme mal al haberme visto con

Josiño, besándonos hasta quedarnos sin aliento, y sintiendo por él lo que mi corazón sentía, hizo que me sintiera mejor.

—Natalia ¿Me dejas un momento cambiar un disco? — dijo Jose sacándome con sutileza de aquel rincón donde me pasé las últimas horas.

Entrecerré hacia su dirección, no sabía lo que pretendía. Tampoco es como si me importara demasiado.

Y

para las ganas de desaparecer de

allí que tenía, me vino de perlas que él quisiera ocupar mi puesto.

—Voy al baño... —accedí, dejándolo en mi lugar.

Una vez en el cubículo, dejándome caer pesadamente en la taza, agarré mis sienes fuertemente, deseando desaparecer. Un dolor de cabeza se avecinaba, no tenía ganas de vivir si Josiño no estaba para alegrar mi miseria. Miseria que yo misma me obligaba a pasar, ya que nada me ataba a Jose. Nada excepto el amor, aunque cada vez era menos. Mis ojos me escocían, las entrañas se

me contrajeron y solo tenía ganas de gritar a todo pulmón.

Nadie puede imaginar la de cosas, ni los sentimientos que sentía en ese momento. Después de unos minutos auto compadeciéndome, decidí salir. Miré hacia el escenario, donde uno de los valientes que se atrevieron a cantar, terminaba la canción y bajaba para ser aclamado por su público. Ví cómo José me miraba y sonreía, no pude remediar que mi corazón diera un bote ante ese detalle. Hacía tiempo que no me daba cuenta de esa sonrisa que tanto me había causado. Metió un

disco en la máquina y dejando el puesto, se subió al escenario como si fuera una estrella de rock. Por lo menos, fans histéricas no le faltaban. Las muy perras le sonreían y vitoreaban, excitadas por escucharlo cantar. Yo solo deseaba que la pifiara de nuevo y me diera una nueva razón para arrearle un guantazo bien dado.

Pero no, no fue así. No la pifió como tampoco hizo que me avergonzara ni que las ganas de asesinarlo aumentaran. De repente con esa voz que dios le dio, tan bonita y ronca, empezó a cantarme.

Sí, a mí.

Mirándome a los ojos, dejándome con el corazón encogido. Moduló un ‘Te quiero’ entre párrafo y párrafo, haciendo que por un momento olvidara el cabreo. Pero fui fuerte, me mantuve en mis trece y ni una sonrisa le di. Aunque tenía ganas de comérmelo a besos.

Lo único que tenía claro que ninguna canción iba a poder hacerme olvidar todo lo que la había jodido conmigo.

La canción decía así:

Perdóname

Si pido más de lo que puedo dar

Si grito cuando yo debo callar

*Si huyo cuando tú me necesitas
más*

Perdóname

Cuando te digo que no te quiero ya

Son palabras que nunca sentí

Que hoy se vuelven contra mí

Perdóname

Perdóname

Perdóname

Si hay algo que quiero eres tú

Perdóname

Si los celos te han dañado alguna vez

Si alguna noche la pasé lejos de ti

En otros brazos, otro cuerpo y otra piel

Perdóname

Si no soy quien tú te mereces

*Si no valgo el dolor que has
pagado por mí*

A veces

Perdóname

Perdóname

*Y no busques un motivo, ni un por
qué*

Simplemente yo me equivoqué

Perdóname

La gente aplaudía de forma eufórica, incluidas sus seguidoras, que lo único que les faltaba era arrancarse el sujetador y lanzárselo. Pero una vez que vieron que la letra iba especial y solamente dirigida a mí, dejaron de chillar como perras en celo y agacharon la cabeza denotando derrota. Yo solo tenía ganas de sacar el dedo medio a todas ellas y burlarme de lo patéticas que ahora parecían.

Una vez que mi novio acabó con su numerito fui hacia el rincón, puse un disco y me subí al escenario.

¡Con dos ovarios! Nadie, repito, nadie quedaba ileso después de haberme hecho lo que él me hizo. Por mucho que quisiera empezar a arreglarlo. Me tocaba devolvérsela con fuerza. Y qué mejor con una canción de la más grande, Rocío Jurado, y todo mi arte dejaría a Jose a la par del betún.

Lo señalé con todo el descaro y empecé a cantar, haciendo que sus ojos se abrieran de golpe por la impresión.

Ese hombre que tú ves ahí

que parece tan galante

tan atento y arrogante

lo conozco como a mi

Ese hombre que tú vas ahí

que aparenta ser divino

tan afable y efusivo

solo sabe hacer sufrir

Es un gran necio,

un estúpido engreído,

*egoísta y caprichoso,
un payaso vanidoso,
inconsciente y presumido,
falso, enano, rencoroso,
que no tiene corazón*

*Lleno de celos
sin razones ni motivos
como el viento impetuoso,
pocas veces cariñoso,*

inseguro de si mismo,

soportable como amigo,

insufrible como amor.

Si tuviera que describir la cara de Jose en ese momento, no tendría suficientes adjetivos. Pero predominaba la vergüenza y la tristeza impregnada en sus ojos. Todos aquellos que conocían nuestro historial, se estaba riendo, pasándoselo de lo lindo. Y él más se avergonzaba. Pero estaba aprendiendo que a todo cerdo le llega su san Fermín, y a mi Jose le

tocó tomar un poco de su propia medicina.

Supongo que siempre pensó que lo que hacía a mis espaldas, con esas tantas y tantas chicas que bebían los vientos por él, no me iban a hacer el daño que me hizo. Yo en ese momento tampoco pensé en el daño que le estaba causando. Me daba igual, solo quería que sintiese lo que yo. Que se avergonzase y pensase en todo lo que he pasado. Sentirse el hazmerreír de la gente. Donde las dan, las toman ¿No? pues eso, que quería que sintiera en sus propias carnes lo que es sentir

vergüenza.

Luego de aquello, no hablamos. No me miró, siquiera hizo el intento de echarme en cara lo que hice. Me dejó en casa a altas horas de la mañana. Catalogando que, al siguiente día, cuanto todo se calmase, tendríamos que hablar.

Esa noche el recuerdo de Josiño volvió. Haciéndome llorar desconsolada, y queriendo poder tenerlo cerca para que me abrazara. Para que besara mi frente y me dijera que todo iba a estar bien. Lo necesitaba, lo echaba terriblemente

de menos. Y no lo podía tener.



¡Estaba descentrada! No podía quitarme de la mente a mi gallego, no podía con mi vida y Jose... Jose estaba ahora como una autentica garrapata enganchado a mi culo. Pero no, mi corazón se había

endurecido, ahora era de piedra y no le creía una palabra por muy adornadas que estas salieran de su boca.

El fin de semana llegó con todo lo que aconteció. Jose me había dicho muchas veces que dejara el karaoke, y eso fue lo que hice ese día. Pero no porque él me lo pidiera sino porque estaba harta de todo.

Quería centrarme, empezar a pensar en cómo llevaría mi vida, incluso dejé de ir a la cruz roja ya que todo me recordaba a Josiño. Cada

rincón, cada pasillo, su risa resonaba por todo el lugar y no me apetecía pasarme todo el día llorando. Ya tenía bastante con hacerlo en casa, como para seguir fuera de ella. Mi humor no estaba mejor. Saltaba a la mínima y nada me caía bien. La gente temía hablarme, porque reaccionaba con una respuesta mordaz y no dejaba títere con cabeza. Y más furiosa me ponía cuando era Jose el que me hablaba. Todo el amor que sentía por él fue desapareciendo hasta casi extinguirse. No le tenía confianza, no sabía si en cualquier momento que flaqueara, volvería a

hacer de las suyas. Quería estar con él, seguir intentándolo, pero juro por dios que me faltaba un pelo para mandarlo al carajo.

Pero no me iba a quedar quieta, iba a montar mi última guardia en cruz roja, tenía un objetivo claro, no iba a parar hasta conseguirlo.

Resulta que una de las que se besuqueo con Jose, era amiga y tenía un novio que estaba en Cruz roja, ella terminó enamorada de él hasta las trancas...

Esa noche le dije a Jose que sería

mi última, así que allí fui y monté guardia con el novio de mi querida amiga la traicionera, a huevo lo tenía, ya que él me había tirado mil indirectas, la verdad que el tipo era espectacular, así que la venganza sería de lo más fácil...

Ni dos minutos pasaron y ya estaba tonteando conmigo, así que todo iba marchando genial.

Lo tuve toda la noche babeando conmigo, no me lie con él, pero por la mañana le di un buen beso en los labios y me fui tan campante, antes de llegar a mi casa le conté a mi

amiga lo pesado que había estado toda la noche su novio, que le di solo un beso... la dejé ahí toda jodida sin saber que contestar y luego me fui con Jose a comer y también se lo conté tan pancha.

—¿Hasta cuándo va a seguir esta guerra Natalia? —preguntó enfadado.

—Tranquilo, ya los demás no me importa, ya me vengué de los objetivos que más me dolían.

—No estoy dispuesto a seguir así —dijo triste.

—¿Ah no? Pues nada, ahí tienes la puerta —señalé hacia fuera del restaurante.

—Sé que la cagué, que no supe valorar lo que tanto amaba, pero creo que ya es suficiente, ya te has vengado bien ¿No crees?

—Eso lo decido yo, nadie te obliga a estar a mi lado.

—No quiero que esto se nos vaya de las manos, quiero un futuro contigo —le cayeron dos lagrimones que me partieron el alma.

—Ya no voy a hacer más nada —
dije cruzándome de brazos.

—Es por nosotros, tenemos la
oportunidad de arreglar lo que yo
estropeé, pero no podemos andar
de esta manera.

—Las cosas no se olvidan en dos
días.

—Ni en otros brazos Natalia.

—Solo quería dejar claro, que yo si
quería también podía joder.

—No seas igual que los demás
Natalia.

Mi mente y mi corazón estaban en continua pelea. Uno me decía que hiciera una cosa y el otro me dictaba otra. Solo me tocó dejar todo como estaba y ver qué pasaba.

Poco a poco volví a retomar los estudios, tenía que hacer algo para que en un futuro no comerme los mocos o peor, depender de nadie. No había días que no me acostara llorando y me durmiera de agotamiento. Pero ahí iba, pasito a pasito y a buena letra.

Ese viernes, Jose apareció en mi casa. Grande fue mi sorpresa que se

presentara en mi habitación, mientras yo escuchaba música, con una rosa en las manos tan radiante y preciosa como su sonrisa.

—¿Y esto? —le pregunté aún ante la obviedad. Sabía lo que era, lógicamente, lo que no sabía era la intención del porqué del presente.

Él colocó la flor con un cuidado desmesurado en la mesilla de noche y se sentó al borde de la cama. Yo agarré la nota que venía adjunta y mientras leía, esperé que contestara.

—Me apeteció comprarla para ti.

—Humm... —murmuré mientras leía la frase escrita con su letra.

«Jamás pensé que te amara tanto hasta que vi que te perdía»

Una risa irónica escapó de mis labios.

—No te creo —dije soltando la nota.

—El tiempo me dará la razón y me permitirá demostrártelo.

—Bueno, si tú lo dices... —seguí

en mis trece, encogiéndome de
hombros.

—Sé que no me crees, pero solo te
pido que me des la oportunidad de
demostrártelo.

—Inténtalo —le dije mirándolo a
los ojos. Me dolía incluso hacerlo
—, pero no te prometo nada, no
estoy bien, no tengo fuerzas, me
hiciste mucho daño, te liaste con
todo lo que pillaste por el camino.

—Jamás me acosté con nadie... —
rebatí enfadado.

—¡Eso es lo de menos! Me engañaste y eso es lo que cuenta— la última parte me salió susurrada. Aún me dolía demasiado.

—¿Sabes? Lo de Josiño me hizo darme cuenta lo importante que eras para mí, me da miedo saber si te acostaste con él o no. Me da auténtico pánico saberlo.

—¿Pues sabes qué? Te mereces no saberlo. Y yo me encargaré de que vivas con la duda.

—Vale, me lo merezco —masculló desanimado. Después de unos

segundos mirando sus manos entrelazadas encima de su regazo, suspiró y volvió a hablar—: Mañana me gustaría que nos fuéramos los dos a pasar el fin de semana juntos de camping, se lo he dicho a tu madre y le parece bien.

—¡Oh, muy considerado! Viendo que eso lo debo decidir yo, antes que nadie ¿No crees? —ladré irritada.

Tenía la sensación de que todo lo que dijera, me iba a caer como una patada en plena boca del estómago.

—Por favor te lo pido, no te tocaré si no quieres.

—Eso tenlo por seguro... —le señalo con determinación.

Después de nuestra conversación y de organizarnos para mañana, Jose se fue para su casa. Con aire apesadumbrado, los hombros caídos y la mirada perdida. En el fondo, me daba tanta pena que a punto estuve de salir corriendo detrás suyo y abrazarlo. Pedirle perdón por ser tan perra, pero luego, recordaba todo lo que me había hecho y se me pasaba.

Esa noche dormí poco. Los nervios y la incertidumbre de lo que iba a pasar al día siguiente me carcomían por dentro. Y a primera hora de la mañana, estaba despierta, después de haber pegado ojo apenas tres horas.

Jose llegó puntual, después de que almorzar nos fuimos rumbo a Conil, a la cala del aceite. Ya se había sacado el carnet y con sus ahorros, habría conseguido un coche. Cosa que me enorgullecía y si no fuera porque no nos hablamos, lo hubiéramos celebrado como se merece.

En octubre en Cádiz era caluroso, y si no fuera porque en las noches refrescaba parecía que estábamos en pleno agosto.

En cuanto llegamos montamos la tienda y colocamos la comida y bebidas a buen recaudo para más tarde.

Mientras organizábamos todos, no podía remediar mirarlo, aunque fuera de reojo. Me dolía el alma, en serio. Pero no podía dejar de hacerlo.

Puso la radio y comenzó a sonar

Eros Ramazzotti, sabía que me encantaba, y aunque a él también, siempre prefirió a Sabina o Bob Marley.

Sirvió dos cubatas, una vez que nos acomodamos fuera de la tienda y acepté el vaso aún en completo silencio.

—Natalia perdóname —dijo de la nada cortando el silencio que se había formado a nuestro alrededor, y solo era roto por el choque de las olas en las rocas.

—Y dale con el tema —rodé los

ojos cansada—, te he perdonado, pero no puedo olvidarlo y menos aún, me puedes pedir que confíe en ti de un día para el otro.

Él asintió, pegó un sorbo a su vaso y volvió a hablar.

—¿Puedo preguntarte algo?

—¿No lo harías si dijera que no? lo harás de todas maneras, así que hazlo...

—¿Sientes aún algo por mí? —me preguntó agarrando mi mano libre, la cual descansaba encima de mi

muslo.

Observé sus dedos, entrelazándose entre los míos.

—Sí —contesté para luego mirarlo a la cara—: rabia, impotencia, dolor y muchas cosas más.

—Lo sé, puedo verlo en tus ojos y eso me aterra.

—Entonces si ya lo sabes... ¿Por qué preguntas?

—Me gustaría saber si al menos aún te gusto un poco...

—Algo debe haber, si no, no estaría aquí contigo. Aunque no te lo creas o aunque suene estúpido sigo queriendo estar contigo. Por muy poco que te lo merezcas.

—¿Te puedo dar un beso?

—Jose no empieces, déjame beber tranquila —dije temblando como un flan, escuchando como la voz rasgada y preciosa de Eros me hacía erizar. Besarlo es lo que más deseaba en ese momento pero sin duda lo que menos necesitaba.

—¿Sabes una cosa?

—¿Qué...? —Le di un sorbo a mi cubata. No era más que una forma de mantenerme ocupada.

—Jamás volveré a separarme de ti. Todas las noches cuando llegue a casa después de despedirnos en tu puerta, te llamaré para que sepas que estoy ahí, jamás volveré a salir con mis amigos sin ti, solo quiero estar contigo.

—Claro... haré como que me lo creo.

—Bueno, ya lo verás...

Niego con la cabeza y sonrío suspicaz.

—No sabes el daño que me hiciste...

—Lo sé, no sabes cuánto me arrepiento.

—Nadie cambia, dudo que tú lo hagas, además no se ni como estas aquí, con toda la gente que sueña con separarnos... incluso tú mismo parece que estás dispuesto a echarlo todo a perder.

—Natalia... tengo claro que quiero

estar contigo. Me importa una mierda lo que quieran los demás.

Decidí estar contigo y aunque la cagué, no sabes lo que me arrepiento. Te quiero. Te quiero demasiado como para soportar perderte.

Justo ahí me eché a llorar. Con los sentimientos a flor de piel y sin poder aguantarlo más. Echaba de menos a mi Josiño, pero también necesitaba a Jose.

Me abrazó contra su cuerpo y terminamos llorando los dos, e

intentando calmarnos mutuamente.

Una vez que soltamos todo lo que teníamos, bebimos, incluso reímos por cualquier tontería. Y aunque en algún momento me regañó por estar fumando, le recordaba que, a fin de cuentas, él me hacía más año que un simple cigarrillo.

Terminamos borrachos, nos fuimos a la playa una vez que anocheció. La noche arreciaba, pero estábamos desinhibidos. Se me olvidó el malestar constante al que ya me estaba acostumbrando y empecé a pasarla bien. Nos tiramos en la

arena, mirando las estrellas sintiendo sus dedos enredarse en mi cabello y su boca en mi sien.

Allí bajo el cielo, Jose se acercó más a mí, hasta quedar pegados completamente. Inclinando la cabeza, su boca buscó la mía. Y no sé si fue la cantidad de alcohol que ingerí, que le seguí el ritmo.

Mordiéndolo sus labios, atrayéndolo más hacia mi cuerpo, si es que eso era posible. Me sentía febril, incluso haciendo frío. Me dejé llevar, como el vaivén de las olas. Con la brisa arreciando mi piel que poco a poco iba quedándose

desnuda.

José se puso encima, tapándome con su calor. Entibiando mi cuerpo casi en el acto. Enterré mis manos en su pelo, y con un suspiro, entró en mi interior. Lento, despacio, entre “Te quiero” necesitados.

Escuchando la suave letra de una canción de fondo.

—Te amo... —susurraba Jose entre jadeos.

Las lágrimas corrían por mis sienes, no me salía decirle lo

mismo. Pero lo quería. Se lo demostraba con cada caricia que le profesaba a su piel. Agarrando su espalda con fuerza, atrayéndolo hacia mí, arqueándome en busca de más profundidad.

Explotamos a los pocos minutos. Haciendo que el tiempo se parase en ese instante, ambos con el cuerpo perlado de sudor y del leve rocío que nos caía.

Dormimos abrazados, acurrucados en la tienda, completamente desnudos, después de amarnos nuevamente.

Pero como todo, siempre hay un pero. A la mañana siguiente y sin los efectos del alcohol, volvieron las inseguridades y el rechazo por mi parte. Quise olvidarme de sus caricias, de sus besos, solo por mi necia terquedad. Creía que ahora que había conseguido lo que quería, que era quitarse las ganas de echar un polvo, volvería a engañarme.

Jose preparo el desayuno e incluso esa nimiedad, hizo que mi mala leche aumentase.

—No hace falta que me untes las tostadas, se hacerlo sola ¿Sabes?

—No lo dudo, pero quiero hacerlo yo...

—Haz lo que te dé la gana — rebatí desviando la mirada cuando su rostro se descompuso.

—Anoche soñé que estábamos casados, éramos tan felices....

—¡Qué bonito! —Exclamé falsamente mientras le daba un mordisco a mi tostada—. ¿Y no tenías una amante?

—No... —respondió dejando su desayuno y levantándose ya con el

apetito extinto.

El día siguiente no fue diferente ... me convertí en una maldita bipolar. Lo mismo le gritaba que me lo comía a besos. No sabía lo que estaba bien o lo que estaba mal. Si debía creerle o mandarlo a freír espárragos. Pero sí estaba segura de que estaba ahí con él porque Josiño se había ido, si no, estaría en otros brazos y serían otros besos lo que recibiría.



Parece que las cosas tienen un principio y un fin.

No es la primera vez que lo escribo. Josiño seguía en mi cabeza, pero todo había terminado. Era triste pensar eso en aquel momento y ahora también. Sin

embargo, mi futuro y mi presente eran Jose.

Ya Nochevieja.

Parece mentira, pero tengo la sensación de que, por entonces, el tiempo pasaba muy rápido.

Jose cenaba en casa de mis padres. Todos los que no sentamos a la mesa esa noche no dejábamos de bromear. Verdaderamente lo estábamos pasando fenomenal juntos. Parece que tiene que llegar una noche como Nochevieja para que nos demos cuenta del valor de

la familia, de los amigos, y principalmente de esa persona a la que amamos.

Yo no sabía si Jose era el hombre con el que iba a casarme. Todo eso quedaba muy lejos, muy lejos. En pocos años, habían pasado demasiadas cosas. Y, aunque parezca mentira, eso pesa, eso es un lastre que siempre te acompaña.

Yo quería divertirme, pero me daba cuenta de que ya no era una niña. Todas mis acciones tenían consecuencias. Brindamos, comimos, reímos, esperamos a que

en la tele dieran las campanadas. Nada especial, salvo que Jose parecía tenerme reservada una sorpresa.

No sé por qué, pero nunca he asociado a Jose con este tipo de cosas. No era un hombre especialmente demostrativo , por lo general, le costaba demostrar sus sentimientos de la manera en la que lo iba a hacer esa noche.

Yo estaba radiante. Me había puesto un vestido rojo, ajustado. Me había maquillado pacientemente delante del espejo y pintado los

labios de un color morado, con matices de color rosa.

Parecía una muñeca. Estaba preciosa. Me encantaba que mi padre me lo dijera. Jose se fijó en mí enseguida cuando me vio aparecer para sentarme a la mesa. No hicieron falta las palabras para que él me dijera espontáneamente con su mirada, con el brillo de sus ojos y alguna que otra sonrisa, que yo parecía la reina de la noche. Él se había vestido de manera informal, pero iba también muy elegante. Es lo que me gustaba de Jose, esa mezcla de espontaneidad

y seriedad cuando la situación o el momento lo requerían.

A lo largo de aquella velada, no intercambiamos muchas palabras. Jose, que era bastante parlanchín, estuvo comentando algunas anécdotas del trabajo.

¿Por qué no decirlo? Tuve la impresión, por unos instantes, de que él volvía a ser ese hombre del que yo me había enamorado una primera vez y de una forma bestial. Aunque yo tenía todavía ciertos celos hacia él, no podía quitarle ojo. Se estaba mostrando atento con

mi familia y muy cariñoso conmigo desde esa distancia que era el tablero de la mesa.

Daban ganas de comérselo.

Sí, daban ganas de comérselo. Yo no quería mostrarme de una forma tan apasionada como había hecho otras tantas veces donde no me habría importado hacerle alguna caricia debajo de la mesa o haberle susurrado alguna frase morbosa al oído. Algo había en mí que me impedía actuar con la misma libertad que había hecho años atrás, cuando comencé a salir con él. No

sé qué me pasaba realmente. Jose me atraía, estaba haciendo todo lo posible para gustar aquella noche no solo a mis padres, sino también a mí, pero algo en mi interior me estaba frenando.

Hacía una temperatura agradable afuera.

Me encantaba la Nochevieja porque toda la gente parece más feliz que de costumbre. Todo el mundo se saluda y se sonríe. Todo son abrazos y besos. Jose estuvo toda la noche mirándome con intención de decirme algo. Yo sé que ocultaba

información. Y eso hacía que yo me sintiera con más ganas de comérmelo, aumentaba mis deseos de estar junto a él.

Pero todo aquello, toda aquella fantasía que la noche me mostraba ante mis ojos, de repente, se esfumaba cuando pensaba en todo lo que él me había hecho. Yo seguía dolida. No terminaba de fiarme de él. No sabía qué pensar. Por un lado, yo quería que aquella noche fuese especial y que fuese un nuevo punto de partida para nuestra relación. Por otro lado, pensaba que nada iba a salir bien. Que,

aunque Jose me gustara, no había nada que hacer. Tarde o temprano, aquello volvería a fracasar.

Y el dolor sería más agudo, más intenso, y yo sufriría mucho más.

Y Josiño estaba ya en Galicia. Él había reconocido en mi forma de hablar y en mi forma de ser que yo todavía sentía algo por Jose.

¡Qué gran chico!

Hubo un momento en Jose, cuando nos dimos dos besos en la mejilla, para desearnos feliz año nuevo en

que sentí que me miraba con la intención de desnudarme.

Sí, pude ver que él escondía algo. Aquella sonrisa era inconfundible. Yo me estaba poniendo cada vez más nerviosa. Brindamos de nuevo y salimos de allí disparados, porque Jose me cogió de la mano con fuerza y me arrastró hasta la calle. Nos montamos en el coche y puedo decir que estaba emocionada.

¿Qué demonios estaba pasando?

El coche se incorporó a la carretera

en muy poco tiempo. Yo le preguntaba, pero él no me contestaba. Mi nerviosismo iba en aumento. Mi corazón palpitaba cada vez con más fuerza.

—Me matan estas cosas, sabes que soy impaciente y no me gustan las sorpresas, prefiero ir a los sitios, sabiéndolo con anterioridad ¿No me vas a responder verdad? Pues nada, ni caso que me haces —hacía un monólogo porque él no se pronunciaba.

¿Adónde me llevaría? Qué sorpresa me había preparado. Porque estaba

claro que tanto misterio solo era para ocultar una sorpresa. Yo estaba un poco desorientada. La moto se movió por un laberinto de calles hasta llegar a la puerta del hotel de la plaza mayor.

Me besó en los labios y me susurró al oído que quería que esa noche fuese una noche especial. Que yo me merecía todo. Que él era un hombre insignificante comparado conmigo. Yo solo sabía sonreír. Pero no estaba desatada. Sus palabras, que agradecía, no me sonaban convincentes, aunque el tono de su voz parecía sincero. Sí,

yo agradecía aquellos halagos. Pero lo que necesitaba eran pruebas.

—No sé por qué estás tan borde conmigo —dijo él dándose cuenta de que yo estaba recelosa.

—Yo no estoy borde, Jose. Dame tiempo.

—No tengo tiempo. Solo quiero que creas en mí —añadió él con tono lastimoso. Va a ser una noche inolvidable.

—No lo dudo. Yo creo en ti. Solo te estoy pidiendo que me dejes un

poco de aire para respirar. No es mucho pedir —musité yo con aire simpático.

—Mira, quiero darte una sorpresa.

—Ya lo veo. Estás ganando puntos. Esto me encanta. Que hagas cosas como estas me encanta, Jose —

sonreí y le di un tortazo en el culo, estaba nerviosa, no sabía ni lo que hacía.

Estaba alucinada cuando vi la fachada del hotel. Era un hotel sencillo y humilde. Pero eso era lo

de menos. Lo importante era el gesto. Lo importante era que Jose quería que yo sintiera que él estaba cerca de mí, que él iba a hacer todo lo posible para que yo fuera feliz, para que yo volviera a confiar en él.

Cogidos del brazo, entramos al vestíbulo. Nos atendieron enseguida.

La recepcionista era muy simpática. Se veía que hacía muy poco que trabajaba allí. Titubeaba y se mostró muy nerviosa. Jose cogió la llave y subimos a la tercera planta

por el ascensor. Me besó en el cuello y yo sentí un escalofrío que recorrió toda mi espalda.

Estaba temblando y estaba nerviosa. Yo pensaba que Jose me iba a llevar a alguna fiesta, pero no, me equivoqué. Había preparado una habitación solo para nosotros. Eso no era nada fácil en aquella fecha.

Aunque el hotel fuera humilde, le debería haber costado mucho dinero. Yo intentaba mirarlo con complicidad pero no me salía. Lo miraba simplemente con deseo,

pero lejos de ese cariño y afecto que yo tantas veces le demostraba a través de mis ojos. Yo creo que él se estaba dando cuenta.

Salimos del ascensor. La habitación estaba justo enfrente. La abrió. Encendió la luz y un sendero de pétalos de rosa conducía hasta una cama. Yo no pude contener la emoción. Aquel detalle que yo había visto en muchas películas ahora estaba frente a mí. Volví a temblar. Jose advirtió que aquel detalle me había gustado mucho y se puso a reír.

Yo quería pensar que volvíamos a ser esos dos náufragos que están delante del mar. Pero eso es lo que me pedía mi corazón. Mi cabeza estaba lejos de esa clase de sentimientos, ella me decía que me tomara las cosas con calma.

En una mesita, vi una champanera. Muy hábil, Jose me sirvió una copa. Volvimos a brindar. Sin que yo se lo ordenara, se acercó a un equipo de música que había en la habitación, y puso una melodía suave, muy suave. Retiró la copa de mi mano y me empujó a la cama presionando mis hombros con

delicadeza. Me puse a reír a carcajadas. Él se puso a mi lado y estuvimos un rato en silencio, mirándonos, como hacíamos tantas veces en la playa. Al igual que allí, ahora no teníamos a nadie a nuestro alrededor.

Estábamos solos, completamente solos.

—¿Me quieres? —preguntó él directamente.

—Claro que te quiero, si no fuese así, no estaría aquí, contigo —dije yo con un aire de duda. ¡Vaya

encerrona me has hecho!

—No eres como antes, Natalia —
dijo él con tono enigmático. — No,
no es una encerrona, es el deseo de
que estemos solos esta noche.

—No sé a qué te refieres. Intenta
explicarte.

—Antes no dudabas. Antes eras
más espontánea. No necesitabas
pensarte las cosas y ahora piensas
las cosas antes de decirlas —
comentó él un poco dolido.

—He crecido, Jose, y han pasado

muchas cosas, demasiadas, entre nosotros. Solo te pido que no me agobies. Ya te lo he dicho antes — añadí yo con un tono cariñoso. — Pero, de todas formas, si la pienso más es por joder un poco y decir lo correcto para que así sea. —dije muerta de risa.

—No te estoy agobiando, Natalia. Solo que siento que estás lejos.

—No estoy lejos. Estoy aquí, delante de tus ojos, muy emocionada con este regalo —dije yo con dulzura.

—Me gusta que me lo digas. Sabía que te iba a gustar. Hace tiempo que lo habría hecho, pero no encontraba el momento y, como tú has dicho, han pasado demasiadas cosas.

Pero, bueno, estamos otra vez los dos juntos después de todo — musitó él con intención de que sus palabras me hicieran reflexionar.

—Tienes razón. Después de todo, aquí estamos los dos, solos, juntos.

La música sonaba como si fuese ese hipnótico rumor de las olas que tanto me gustaba. En aquel instante, no sé qué nos sucedió realmente.

Como si yo estuviese poseída por un espíritu demoníaco, lo agarré por los hombros y lo arrastré hasta mi pecho.

Quería que su cuerpo me tomase y que lo hiciera de forma arrebatadora. Adiós maquillaje y pintura de labios, que me había costado un ojo de la cara en el Druni.

Sus labios se fundieron con los míos y fuimos presas de un deseo carnal que hacía mucho tiempo que yo no experimentaba. Sus manos no dejaban de acariciar mis pechos y

mi culo, cada vez con más fuerza.

Y yo gemía, y cada vez con mayor intensidad. Él se daba cuenta de que cuanto más pasión ponía en cada una de sus acciones, mi placer iba en aumento. Estaba ida, loca.

Pero quería que Jose supiera lo que tenía delante. Quería que Jose percibiera que yo era capaz de entregarme de una forma que él no había conocido con otras mujeres y lo iba a conseguir. Ya no era una niña. De repente, me solté de su agarre y me alejé. Él no entendía por qué yo hacía aquello. Sus ojos enrojecidos me miraban con

intención de devorarme.

Cogí nuevamente la copa de champán que estaba sobre la mesita e hice el ademán de bebérmela, pero no fue así. Con picardía y muy despacio, dejé que el líquido se derramara entre mis pechos y él se volvió loco.

No sabía cómo actuar. No esperaba esa reacción por mi parte y se quedó a cuadros. Pude comprobar que estaba excitado cuando mi mano agarró el bulto de su bragueta. Yo dominaba aquella situación, era la que lo iba a hacer

gozar. Jose estaba bajo los efectos de mi hechizo. Lo que yo estaba haciendo iba más allá de la seducción.

No sé por qué, pero un impulso oscuro me empujaba a cometer ese tipo de locuras. No había ningún muro ahora entre nosotros. Jose me agarró por la cintura y me llevó de nuevo hasta la cama. Ahora yo estaba sobre él. Mientras lo besaba y mordía tibiamente sus labios para respirar, le fui quitando el pantalón.

deseaba que lo hiciera rápido, pero yo quería que él se contuviera, que

aquel polvo fuese inolvidable, que todo fuese despacio, que no fuese nada de un “aquí te pillo y aquí te mato”.

Tenía que demostrarle que el placer era yo, que yo era quien podía hacer que él volara. Cuando se quitó la camisa, me eché sobre él y respiré sobre su pecho. Estaba desnudo. Sus calzoncillos siguieron a sus pantalones, y pude ver la belleza de su cuerpo. Mi pecho olía a champán. Él quería beber de mi escote, me alcé, mientras mis piernas estaban a cada lado de su cintura. Me encontraba montándolo

literalmente.

Me encantaba esa posición, bajé la cremallera de mi vestido, algo que ya tenía muy ensayado. Y entonces admiró mi lencería oscura.

Nos besamos despacio, muy despacio. Nuestras manos acariciaban los lugares de nuestro cuerpo que mejor conocíamos para provocarnos placer.

Llegó un momento que no pudo resistirlo, finalmente entró en mí , y sentí su fuerza, su intención de querer provocar en mí esa

sensación de descontrol, pero era inútil. Jose me estaba dando placer, pero era yo la que lo dominaba, la que iba a ganar aquella batalla y así fue.

Comencé a moverme despacio durante unos minutos y luego el ritmo de mis caderas se aceleró y él ya no pudo resistirse. No podía hacer nada contra eso. Mis manos trepaban por su pecho y, cuando lo consideraba, me arqueaba para besarlo en la boca.

Él quería tocar mis pechos y yo controlaba que lo hiciera cuando

me apetecía. Eso lo excitaba aún más.

La noche parecía eterna, no iba a acabar nunca. La música suave nos traspasaba como él estaba haciendo con su miembro en mi interior, obligando a que mi corazón latiera a la velocidad del sonido.

Nadie iba a poder borrar de nuestras cabezas aquel momento tan íntimo y tan salvaje, pasara lo que pasara en el futuro.

Cuando nos quedamos mudos después de aquel sexo tan intenso,

me pregunté si habría una pareja como nosotros en el mundo que hubiera hecho exactamente lo mismo que nosotros en esa noche mágica de Nochevieja. No lo sé. Dos seres que se amaban. Una mujer dolida y un hombre que quería una oportunidad para conquistarla de nuevo.



Creo que las personas pueden cambiar. Jose lo estaba intentando por mí, por él, por el bien de nuestra pareja. Como tantas veces he escrito, habíamos pasado muchas cosas juntos. Yo ya sabía lo que era sufrir por amor y ahora me tocaba estar de nuevo junto a Jose

para volver a disfrutar de ese sentimiento. No lo tenía todo claro, pero debía intentarlo. Debíamos intentarlo.

Me pasaba todo el día escuchando música, pero ya no me dolía como antes, no terminaba llorando como una macarena, eso ya estaba pasando, en esos momentos Sergio Dalma era el protagonista absoluto de mi música favorita, una canción en especial se convirtió en mi favorita.

*Callarme siempre lo que pienso,
esa es mi manía,*

*creerme siempre lo que miento, eso
es cosa mía.*

*Esta noche amiga mía, yo estoy
pensando en ti,*

*en ti que, a lo mejor, piensas en
mí.*

*En un atardecer violento de
melancolía.*

*No es fácil, para mí pensar, una
palabra justa,*

*mi sentimiento, imagina, un
sufrimiento aposta.*

*Yo soy humanamente, solo un
hombre nada más,*

*y ahora te pregunto, dónde estás...
a ti que me*

has pedido tanta, tanta fantasía....

*En un atardecer violento de
melancolía.*

*Así yo quiero recordarte, así eres
tú, dentro de mí,*

*así me gusta imaginarte, unida a
mí, dentro de mí,*

más yo que fui, tan vital, como el

viento en el

*desierto para mí, mi pensamiento
va detrás de ti,*

mi pensamiento, se me va...

*Ya sé que dónde estás no necesitas
más de mí,*

*y yo te busco a ti, te busco a ti...
mi pensamiento*

*va detrás de ti, porque tú has sido
mía, en un atardecer violento de
melancolía....*

Aún recuerdo aquel fin de semana

como si fuera ayer. No se me escapan los detalles. Hay recuerdos que son imborrables, aunque parezcan tonterías o cosas sin demasiada importancia.

José me dijo que nos iríamos de camping.

A mí no me pillaba por sorpresa ya nada de esos planes que hacía sin consultarme. Me estaba acostumbrando, me gustara o no el resultado. Por ahora, había salido todo genial cuando él había querido darme alguna sorpresa o planear alguna actividad.

Sabía que tramaba algo desde hacía unos días. Al igual que, en otras ocasiones, su sonrisa, su espléndida sonrisa, lo delataba.

Yo estaba emocionada. Me apetecía mucho es acampada. Además, es un momento donde puedes relajarte y disfrutar de la naturaleza al aire libre. Y eso a mí me encantaba. Estaríamos los dos solos y seguramente volveríamos a amarnos. Debo confesar que yo estaba feliz al lado de Jose, pero de vez en cuando volvían a mi cabeza aquellos recuerdos. Sí, esos recuerdos amargos donde yo

revivía todo lo que había sufrido.

Quería fiarme de él al cien por cien, pero todavía algo en mi interior me pedía que hiciera las cosas desde la paciencia y la serenidad. No debía ilusionarme como cuando tenía quince años. También comprendí que lo mío también le hacía sufrir, pero siempre pensaré, que él solito se lo buscó.

No me dijo demasiado sobre ese fin de semana en el camping. Temía que tenía preparado algo que yo no sabía. A Jose siempre le había

gustado la naturaleza, de hecho, yo lo consideraba como parte de ella. El hecho de que fuera surfista y que la playa fuera su segunda casa confirmaban lo que yo ahora estoy escribiendo. Los mejores momentos que yo había pasado con Jose estaban ahí, frente al mar, en las dunas, sobre la arena.

La noche anterior estuvimos los dos juntos en la puerta de mi casa y no hablamos demasiado. Miradas, algunos besos después de abrazarnos sin demasiada pasión. Ninguno de los dos quería hablar mucho.

Estábamos ausentes, sumidos en nuestros pensamientos y no queríamos revelar que era eso que nos tenía tan callados. Al final, Jose rompió el silencio.

—Natalia, ¿te hace ilusión ir de camping?

—Claro que me hace ilusión. Ya lo he preparado todo —musité yo con ternura.

—Es que te veo tan callada, ¿sabes? Y ese silencio me pone nervioso —respondió él dolido.

—No tengo muchas ganas de hablar hoy, Jose. Estoy cansada.

—Ya le estás dando vueltas a la cabeza. Mi padre dice que, cuando una mujer le da vueltas a la cabeza, hay que echarse a temblar —dijo él con gracia.

—No seas tonto. No pienso en nada en concreto. Lo que sucede es que a veces me pongo un poco melancólica. ¿A ti no te pasa?

—No sé. A veces, cuando estoy en la playa y miro las olas, me pongo a pensar. Pero siempre miro hacia el

futuro —comentó él con seguridad.

—¡Qué envidia! Yo no puedo hacer eso.

—¿Por qué? —preguntó él con extrañeza.

—Porque mi pasado pesa demasiado, ¿sabes? —añadí yo con un tono de amargura en mis palabras.

—¿Eso es una indirecta? ¿Vas a sacar el tema de mis infidelidades?

—Yo no he hablado de nada de eso. Eres tú el que lo has sacado —dije

con resentimiento.

—No quiero enfadarme, Natalia.
No quiero enfadarme —repitió y se
calló a continuación.

Ciertamente yo había sido un poco
borde con alguna de esas frases.
Pero a veces no podía evitarlo.

Muchas veces yo pensaba en todo
lo que habíamos pasado y en todo
aquello que a mí más daño me
había hecho. Había sido feliz con
Jose tiempo atrás, pero ahora me
resultaba imposible detener algunos
pensamientos sombríos y negativos.

—Natalia, tu pasado también es el mío. Parece que hubieras sido tú la única que lo ha pasado mal.

—Jose, no quiero discutir. Mañana salimos hacia el camping y me he propuesto pasarlo bien, muy bien, y olvidarme de todo. No quieras ser también el protagonista de todo lo que pienso —dije yo un poco a la defensiva por sus palabras.

—Está bien. No discutiremos. Pero lo llevo mal. No me agrada cómo me tratas a veces —añadió él con amargura.

—¿Qué llevas mal? —pregunté yo con intención de sonsacarle.

—Tus silencios y esas indirectas. Eso es lo que llevo mal — sentenció.

Me costaba pensar que Jose estuviese sufriendo de la misma manera que yo. Aunque él me había reconocido muchas veces que se había equivocado, la herida seguía abierta. Pero también es cierto que yo lo iba amando cada vez más. Pero no sería fácil que volviera a confiar en él plenamente. Me costaría mucho tiempo.

Sin embargo, los dos estábamos juntos. Y eso era lo más importante. No puedo negar a estas alturas que él me gustaba, me gustaba de verdad. Pero era inevitable que a mi cabeza vinieran toda clase de imágenes que enfriaban un poco esa pasión que yo debía sentir hacia una persona que se había convertido, con el paso del tiempo, en la más importante de mi vida.

A la mañana siguiente, pasó a recogerme por casa. Yo llevaba una mochila y me había puesto unos pantalones cortos y un suéter ajustado que hizo babear a mi

chico.

Sí, parecía Lara Croft en busca de aventuras.

—Hija, estás buenísima con ese conjunto —dijo él enseguida.

—Eso eres tú, que cada día estás más salido. Siempre estás pensando en lo mismo —le dije yo riendo.

—No me jodas, pero si vas pidiendo guerra con esa ropa.

—No seas exagerado. ¿No te vas a poner ahora celoso? A ver si vas a ser de esos novios que llevan a sus

novias vestidas como monjas. ¿No serás un tipo machista, verdad? Que yo te doy una patada en los huevos y ya no me ves —sentencié sin borrar la sonrisa de mi rostro.

—Pero, qué bestia eres cuando quieres, Natalia.

Cogimos el coche y tiramos dirección a Conil.

—¿Esto es el camping, Jose? — pregunté extrañada cuando paró el coche.

—Vamos a pasarlo bomba —dijo él

convencido.

—Pero si esto parece el escenario de La matanza de Texas. ¿Vamos a dormir aquí? ¿Para qué me he traído yo la cantimplora y la linterna si vamos a pasar las noches en un hostel? —dije yo con cara de pocos amigos.

—Quería que fuera una sorpresa —añadió él con miedo.

—Mira lo que te digo. La próxima vez, tío, piensa en París o en Nueva York. No me traigas a sitios como este. Yo soy una princesa y esto no

se parece en nada al castillo de La Bella Durmiente, ¿sabes? —

repuse yo con seriedad.

Me estaba burlando de él en el fondo, pero yo trataba de disimular. Me estaba costando mucho.

Por dentro, me estaba partiendo de risa. Solo quería ridiculizarlo. Yo sé que Jose lo había hecho con la mejor intención, pero aquel hostel me daba muy mal rollo. Sin embargo, ahora no podía echarme atrás y tenía que verle el lado positivo a aquella sorpresa que me

había dado mi chico. Iba a seguir con mi juego.

Me encantaba confundirlo y gastarle bromas continuamente.

No podía contener más la risa. Él no sabía cómo demonios debía de actuar, pero a mí me daba igual. Me lo estaba pasando bomba. Cuando entramos al hostel, un señor gordo y con la papada de un sapo nos atendió. Yo estaba allí delante de aquel tipo que nos miró con cara de perro dormilón. Mi cuerpecito de Barbie no se merecía aquel antro.

Jose habló un rato con el tipo mientras yo echaba un vistazo .Creo que, en aquel sitio, aún no se habían enterado de que Franco había muerto y que había llegado la democracia. Era todo antiguo y rancio.

Jose cogió la llave y llegamos a nuestra habitación.

—Me está encantando el camping, ¿sabes? —dije yo con sorna.

—No me gusta ese cachondeo que llevas tú sola. Ya te he dicho que quería darte una sorpresa, Natalia.

No pensaba que esto estaba tan mal —musitó él muy agobiado.

—Tranquilo, he estado en sitios peores. Tú no sabes lo que es dormir en un puesto de la Cruz Roja, pero, hijo mío, la próxima vez me consultas y, por un poco más de dinero, nos vamos a un sitio con más pedigrí. Veremos si esto no se derrumba y tienen que venir los bomberos a rescatarnos—yo me reía con cada frase que salía por mi boca.

—No sabía que la señorita era tan exquisita —el tono de Jose también

era alegre.

No había otra forma de ver aquello si no era con cachondeo y con humor. Nos estábamos riendo de la situación. Nos llevamos una sorpresa. La habitación no estaba tan mal como el resto del edificio. Era una habitación pequeña, pero limpia y muy iluminada. Me gustó. Le guiñé un ojo a Jose y, con ese gesto, se dio cuenta de que, después de todo, había acertado con la elección. De todas maneras, yo pensaba que allí solo iríamos a dormir y que el resto del día estaríamos fuera, comiendo,

bebiendo, disfrutando de lo que es la vida a los dieciocho años. Sin embargo, me equivoqué por completo.

Aquel viernes por la noche, no salimos de la habitación. Después de ordenar nuestras cosas, a Jose no se le ocurrió otra cosa que retarme a una partida de cartas. Por suerte, había pensado en poner música. Sacó un radiocasete que se llevaba a la playa y puso música de Eros Ramazzotti. Allí, sobre la cama, nos pusimos a jugar. En su bolsa, llevaba una botella de vodka. Me sirvió un culín. Pero,

poco a poco, comenzamos a entrar en calor y seguimos bebiendo.

Puse Camela, el negó con la cabeza sonriendo, yo me puse de pie, cogí un bolígrafo a modo micrófono y acompañé a la canción que comenzó a sonar.

*Ya no puedo sentirla a mi lado,
ni su cuerpo ya no podré tocar,
ella ya no está, ella ya no está.*

*Siempre que me acuerdo yo de ella
mis ojos se empiezan a inundar de*

lágrimas de amor,

de lágrimas de amor.

Sueño contigo ¿qué me has dado?

*sin tu cariño no me habría
enamorado,*

sueño contigo, ¿qué me has dado?

*y es que te quiero y tú me estas
olvidando.*

El juego estaba reñido. Nos
picábamos constantemente. Una
partida la ganaba yo y la siguiente
la ganaba él. No había forma de

desempatar. Al final, nos dieron las tantas. Yo tenía un poco de hambre, pero, como era previsora, saqué de mi mochila un bote de galletitas saladas. Son un vicio. Comenzamos a picarnos.

El vodka no se acababa.

Pero hubo un momento que, como todo en la vida, el vodka se terminó. Las galletitas saladas me había hinchado el estómago. Miré a Jose y me dio por reírme. El alcohol estaba haciendo sus efectos. No podía aguantar las carcajadas. Al verme así, él

también se puso a reír.

—¿Qué te pasa, Natalia? —dijo él con lengua de trapo.

—No sé, te veo raro —contesté yo tropezando con las palabras.

—¿Estaremos borrachos? —se preguntó él.

—Me temo que sí. Pero me encanta —dije yo sin dejar de reír.

—Mañana vamos a querer morirnos.

—Yo no me moriré, bicho malo

nunca muere.

—¡Eres un bicho! Eso sí...

—Ya...

Me encantaba seguirle la corriente, en el fondo sabía enfadarlo, tenía claro cuál era su punto débil.

La noche se había echado encima. No se oía a nadie por los pasillos ni en otras habitaciones. Resultaba muy extraño. Ahora, con aquel pedo que llevábamos encima, no íbamos a ir a ningún sitio. Además, las cartas aún no lo habían dicho todo.

Había que desempatar. Pero ninguno de los dos estaba para barajar.

Nos abrazamos un instante y miramos al techo.

—Mira, Natalia, yo viviré allí — dijo él señalando una mancha de humedad que parecía el mapa de África.

—¿Dónde? —pregunté yo mareada.

—En Marruecos. Fíjate bien. ¿Lo ves?

Yo hice como que veía Marruecos y

asentí con la cabeza.

—¿Por qué quieres vivir allí? —
pregunté yo un tanto sorprendida.

—No sé. Hay mucha arena en el
desierto. Y a mí me gusta la arena.
Me gusta la playa, ya lo sabes.

—Jose, tú estás majara.

Me puse a reír. De repente, lo miré.
Sin pensármelo dos veces, le di una
bofetada que él no se esperó.

—Pero,... ¿qué haces? ¿Te has
vuelto loca?

—No, Jose, tenías un mosquito, más grande que mi uña.

—Eso son alucinaciones tuyas. Pues no que me ha dado una torta. Serás idiota —dijo él dolido.

—Yo idiota y tu imbécil, uno a uno.

Nos quedamos en silencio un momento. Y escuchamos un zumbido, uno, dos, tres. Iban en aumento. Los mosquitos llegaban en un ejército.

—Cojones, pues tenías razón, Natalia. La habitación se ha llenado

de mosquitos —me alertó.

—Es verdad. Ya te lo he dicho. Es lo que tiene alojarse en un hostel como este —yo no dejaba de reír.

—Esto es lo que nos faltaba —dijo él, quitándose la camiseta para atizarle a los insectos.

Yo no le había dado importancia a que la ventana estuviera abierta. La temperatura del exterior era agradable. La brisa que entraba no resultaba molesta. Pero lo que no esperábamos es que fuésemos a padecer una plaga de aquellos

bichos.

Jose hizo lo que pudo. Cuando vi que mi chico estaba sin camiseta, me puse tontorróna, y le dije que se acercara a mí. Apagué la luz para ver si se iban los mosquitos que quedaban en la habitación. Pero no se fueron. Por lo menos, no entrarían más. Hicimos el amor salvajemente. Era tentador y excitante hacerlo a oscuras. El colchón chirriaba como un gato al que le pisan el rabo, pero nos daba igual. No íbamos a molestar a nadie. Caímos rendidos. Nos dormimos cuando nuestros cuerpos

fogosos se separaron.

Era sábado por la mañana. Jose fue el primero que se levantó. Cuando yo lo hice, me encontré con una taza de chocolate con churros. El loco había salido un momento a buscarlos.

—Pero, ¿cómo no me avisas?
¿Cómo se te ocurre desaparecer y dejarme sola en este sitio? Para que me hubiesen violado —le grité.

—Joder, vaya unos buenos días que me das. Pero si solo ha sido un momento. En la gasolinera de

enfrente los servían. Me fijé ayer cuando giramos para coger la entrada al hostel —comentó él razonando.

—Me da igual. No me dejes sola. Me tienes harta con tus sorpresas.

De nuevo, estaba jugando a confundirlo. Me encantaba la cara que ponía. José no sabía si reír o ponerse a llorar. Yo agradecía que me hubiese traído aquel chocolate con churros, pero es cierto que, al principio, no me hizo ninguna gracia que me dejara tirada sola en aquel hostel. Vete tú a saber las

historias que escondían aquellas habitaciones.

Me di un atracón con los churros y el chocolate. Me dolía la cabeza, pero tenía mucha hambre. En el estómago solo tenía vodka y galletitas saladas. Después de aquel desayuno, entré al aseo y me di una ducha. Las cañerías rugían. Aquello daba miedo, pero el agua salía fresca y limpia. Como era de esperar, Jose apareció desnudo ante mi vista.

En el fondo, lo deseaba. Quería que, al escuchar el agua, al saber

que estaba completamente desnuda, él me acompañase. Aunque el plato de la ducha era pequeño, nos apañamos bien. Nos enjabonamos y al final acabamos en la cama.

Misteriosamente ya no había mosquitos, así que no había nada que temer. Lo hicimos despacio. Nadie nos molestaba. Volvíamos a ser dos náufragos en una isla. Y pasó la mañana. Y

estábamos tan bien juntos que se nos olvidó comer.

Y nos sorprendió la tarde del sábado en aquella habitación.

Parece mentira. Pero no necesitábamos nada.

Nos teníamos el uno al otro. De nuevo, nos pusimos a jugar a las cartas. No nos quedaba vodka del que había traído Jose en su mochila. Para mi sorpresa, había comprado una botella en la gasolinera cuando fue a por el chocolate con churros. Las galletitas saladas combinaban bien con el sabor dulce y potente del alcohol.

Sentía a Jose más próximo que nunca. Aunque el dolor aún estaba

ahí, creo que volvía a recuperar a aquel chico del que me enamoré por primera vez. No quería hacerme de ilusiones. Quería disfrutar el momento.

Volví a sentir la libertad y la espontaneidad. Jose parecía ser de nuevo ese chico natural y transparente.

Eran esas virtudes las que yo quería ver en él. No quería las mentiras. No quería las presiones. Ahora lo tenía delante. Jugábamos a las cartas y nos reíamos. No había otro futuro delante de nosotros. Solo,

aquel instante, aquellos momentos que yo todavía recuerdo con mucho cariño y mucho afecto.

—Sabes que me gustas, Natalia.

—No empieces, Jose. Tú, también a mí.

—¿Me has perdonado? —preguntó él.

El vodka aún no había hecho efecto en nosotros.

—No tengo nada que perdonar. Pero no debes fallarme, Jose.

—No lo haré, Natalia. No lo haré
—repitió.

No quería que se pusiera serio, así que le di un pequeño empujón, invitándole a tener una guerra de las nuestras. Una guerra de cosquillas. Y así fue. Apartó las cartas y se lanzó sobre mí, rascando sobre mi cuerpo en aquellas zonas donde yo no podía contener la risa.

De repente, escuchamos unos golpes en la puerta. Nos quedamos helados. La voz grave del dueño del hostel nos preguntó si iba todo bien. Jose asomó su cabeza con el

pelo revuelto y le dijo que estaba todo bien.

—Pregúntale cuándo bajamos al buffet y si van a servir codornices en escabeche.

—No seas tonta. El tipo no tenía una cara simpática —dijo José volviendo de puntillas a la cama, intentando no hacer ruido.

Pero yo no paraba de reír.

De nuevo, sin que nos diéramos cuenta, se hizo la noche. Miré por la ventana. Una carretera larga

estaba ante mis ojos. Las luces de los coches relampagueaban en la oscuridad. Aquella sensación de estar perdidos en cualquier parte me gustó. Jose dormía.

Mañana nos marcharíamos. Ahora, mientras seguía sonando la música de Eros Ramazzotti, me daba cuenta de que quizá estaba ante el hombre de mi vida.

Me estaba conquistando. Jose me estaba conquistando. Quería que yo volviese a amarlo como en nuestros mejores tiempos. Yo volvía nuevamente a ese mundo pequeño

que había sido nuestro amor.

A la mañana siguiente, cuando dejamos aquel hotel de los horrores, nos dirigimos a la gasolinera a comer churros con chocolate. Estaba emocionada al ver que, aunque no habíamos salido de aquella habitación, había sido un fin de semana estupendo. De hecho, no he olvidado cada instante que pasamos allí los dos juntos. De nuevo, volvió el juego de las miradas.

—Me he dado cuenta de una cosa.

—Dime. ¿De qué te has dado cuenta? —preguntó él con intriga.

—De que podemos ser felices sin nada. Y eso es bueno, Jose. —
Aguanté de reírme.

—Sí, yo también me he dado cuenta de eso. Lo hemos pasado muy bien. Cartas, vodka y mosquitos —
dijo él siguiendo la corriente.

—No te olvides de las galletitas y de Eros Ramazzotti.

—Eso es verdad, Natalia. Son también muy importantes para

nosotros —añadió él con su sonrisa hechizadora, seguía negando con la cabeza.

Nuevamente un silencio entre nosotros. Pero ahora ese silencio era un silencio incómodo. De alguna forma queríamos decir algo que nosotros escondíamos.

Queríamos confesar nuestros sentimientos. Pero no era el momento. En Jose, pude ver el miedo en sus ojos. No quería romper aquel momento mágico en la gasolinera.

Era cierto que podíamos ser felices

con nada. Y eso era algo muy importante a nuestro favor.

Significaba que los dos juntos no nos aburríamos, que podíamos pasar el tiempo uno al lado del otro, sin que nos diéramos cuenta de que amanecía o anochecía. Cada uno de aquellos minutos que pasamos encerrados en el hostel sigue en mi cabeza.

Los llevaré siempre guardados en mi corazón. No fue un fin de semana especial. No fue un fin de semana en París o en Nueva York. ¡Qué más da! No necesitábamos nada. Solo necesitábamos nuestro

pequeño mundo y nuestro pequeño mundo era la sencillez, la sencillez de un juego de cartas, de una habitación discreta en un hostel perdido en alguna parte del mundo. Unas galletitas saladas.

Yo era consciente de que aquel hombre merecía la pena. El dolor seguía allí, pero también Jose, con su sorpresa tan imaginativa, había conseguido que yo lo olvidara durante un tiempo. Me estaba ganando poco a poco y, sin saber muy bien por qué, me dejaba llevar.

Como el día anterior, me pegué un

atracción a chocolate y churros. No me podía mover de la silla. La verdad es que el entorno no era muy romántico y eso también me hacía mucha gracia. Lo mejor de todo es que tanto Jose como yo nos amoldábamos a cualquier lugar. Nos amoldábamos a cualquier lugar porque no necesitábamos a nadie.

Unas gotas de chocolate se quedaron en mis labios. Jose me las quitó con su pulgar y luego se lo llevó a su boca. Sorbió las gotas que habían manchado mis labios. Aquel gesto inocente estaba lleno de sensualidad. Lo había hecho con

toda la intención. Eran esos pequeños detalles los que a mí me seducían de verdad, lejos quizá de las noches de pasión y sexo que los dos podríamos tener.

Cuando salimos de la gasolinera, nos montamos en el coche. El sol estaba en lo alto. La carretera ya no tenía nada que ver con aquella lengua oscura donde las luces de muchos coches relampagueaban como si fuesen naves espaciales que avanzan por el espacio. Ya no había magia.

Ahora teníamos que seguir con

nuestra vida de siempre. Aquel fin de semana en el hostel había sido para mí tan mágico como si hubiera estado en cualquier suite de una capital europea. Me vais a llamar tonta, pero es así. No le podía pedir más a la vida. Estaba con el chico que me gustaba. Lo estaba agarrando por su cintura.

Seguramente, mi vida amorosa junto a él no acababa ahí, sino que, como en la carretera, vendrían curvas. Pero yo no quería pensar en eso. Como he escrito antes, quería pensar en el presente.

Una música sonaba ahora en mi

cabeza. Era una canción de Eros Ramazzotti que muchas veces tarareaba Jose. Una canción que formaba parte de nuestro pequeño mundo.

¿Cómo comenzamos?

Yo no lo sé

La historia que no tiene fin

Y como llegaste a ser la mujer

Que toda la vida pedí.

Contigo hace falta pasión

Y un toque de poesía

Y sabiduría pues yo

Trabajo con fantasías

Recuerdas el día que te canté

Fue un súbito escalofrío

Por si no lo sabes te lo diré

Yo nunca dejé de sentirlo

Contigo hace falta pasión

No debe faltar jamás

También maestría pues yo

Trabajo con el corazón

Cantar al amor ya no bastará

Es poco para mí

Si quiero decirte que nunca habrá

Cosa más bella que tú

Cosa más linda que tú

Única como eres

Inmensa cuando quieres

Gracias por existir.



Llegó junio. Ese día finalizaba el curso. Yo había aprobado todo con unas notas buenísimas. Jose me esperaba a la salida. Estaba feliz por enseñárselas.

Tengo que confesar que nunca fui una gran estudiante. Siempre había tenido dificultades y me había costado aprobar. Seguramente tenía la cabeza puesta en otro sitio y las asignaturas del colegio y del instituto no eran por así decirlo lo más importante para mí en esta vida.

Creo que también tenía que ver con mi falta de madurez. Ahora me sentía orgullosa, había aprobado todas las asignaturas incluso había superado a algunas compañeras que siempre presumían de sus calificaciones delante de mí.

Eso sí, yo tenía a Jose y ellas tenían cada muermazo de novio que para qué te cuento.

Cuando lo vi en la puerta del instituto, me di cuenta de que estaba muy sonriente. Lo miraba, sabía que su mirada escondía algo.

Me acerqué, le di un beso y, mientras sonreía, me dio un llavero con dos llaves.

—¿Qué es esto? —pregunté intrigada.

Hizo un gesto con la cabeza y los

ojos, señalando una motocicleta nueva negra, un vespino negro que sí era para mí ¡Me moría!

—¿En serio? —pregunté emocionada.

Asintió con su cabeza sonriendo.

—No puedo creer que hayas hecho esto, Jose. Sabes que la quería desde hace mucho tiempo —gritaba emocionada.

—Sabes que te mereces eso y más —dijo con voz tierna.

—No me vengas con tonterías. No

tenías que haberlo hecho. No tenías que haberte gastado ese dinero —

dije yo por compromiso, en el fondo me fascinaba que lo hubiera comprado para mí, eso era otro gran detalle de que le importaba, no por lo material, sino porque sabía que era lo que yo deseaba.

—Ya sabes, Natalia, que lo tuyo es mío —añadió él haciéndose el interesante.

—Y una mierda. La moto es para mí que, para eso me la has comprado. Lo que se da no se quita

—dije yo a la defensiva.

—Le quitas todo el romanticismo al momento —dijo él sin dejar de reír.

—Sí, sí, sí... yo soy todo lo romántica que tú quieras, pero la moto es para mí, ¿te enteras? Si no, no la hubieras comprado —dije yo con total naturalidad, intentando bromear con él.

Cuando me acerqué a verla, me entraron ganas de llorar. Me quedé sin palabras. No sabía qué decirle.

No iba a seguir bromeando. Tenía

razón. Era una experta en cargarme algunos momentos mágicos y este lo era.

Había sido de las cosas más bonitas que Jose había hecho por mí. Él sabía que, desde hacía mucho tiempo, yo tenía ganas de tener una moto como esa. Era mi ilusión y él me la había comprado.

Me demostraba una vez más que era una persona muy generosa y que no quería el dinero para él, sino para compartirlo, para hacerme feliz, en definitiva.

Nos pusimos los cascos y nos fuimos a cenar a un restaurante frente al mar donde hacían un pescado frito espectacular.

—Te quiero, Jose —dije mientras bebía el calimocho que me habían servido.

—Lo sé, pero me da mucha rabia cuando discutimos.

—Ya, pero es normal Jose, me sacan de quicio muchas cosas y muchas personas.

—Estoy harto de decirte que me da

igual que acepten o entiendan las cosas, que soy feliz a tu lado y que vamos a construir una vida juntos.

—Sí, claro, dentro de diez años.

—Natalia, no, pronto, yo trabajo y podemos hacerlo.

—Si ya... — dije sin querer hablar del tema ya que éramos dos mocosos de 18 años.

—¡Qué borde eres, hija!

—Tú, que me sacas unos temas...

—¿Qué temas te saco yo? —

preguntó él con intención de ponerme nerviosa.

Yo sé que mi chico llevaba mucho tiempo queriendo independizarse. Seguramente, no encontraba el momento. A veces me mostraba un poco borde con ese tema. Él lo encajaba con resignación. Pero yo sabía que tarde o temprano pasaría. Por ahora, los dos estábamos viviendo en casa de nuestros padres.

Estábamos cómodos así. Creo que, cuando llegara la hora de la verdad, le diría que no. Porque yo presumía

mucho de querer irme de mi casa, pero no sé si estaba preparada. No sabría qué contestar. No lo tenía tan claro. Además, en mi casa, mis padres pondrían el grito en el cielo. El tema siempre salía en nuestras conversaciones y Jose se ponía muy nervioso, y yo, sin saber muy bien por qué, al final acababa encabronándome.

—Anda, ponte a beber calimocho que no quiero discutir —dije yo con tono de juez.

—No me jodas, pero si estamos ya discutiendo —comentó él con voz

grave.

—Yo no estoy discutiendo. Es mi forma de expresarme. Lo sabes de sobra.

—Sí, sí, sí... ya te conozco —dijo él con un poco de retintín.

—Y ¿qué pasa? ¿No te gusta?

—Si no me gustara, Natalia, iba a estar yo aquí aguantándote.

—O sea que tú no estás conmigo porque te gusto, sino porque no te queda más remedio. Nuestra relación se basa en que tú tienes

que aguantarme. Eres un niño — dije yo enfadada.

—No empieces. No soy ningún niño. Solo he dicho que, cuando te pones así, tengo que aguantarte hasta que se te pasa el enfado. Y eso tiene mucho mérito —añadió el seriamente.

—Mira, estoy a punto de mandarte a la mierda, Jose —lo amenacé.

En el fondo, me gustaba cabrearlo. Formaba parte de mi juego y del suyo. Yo sabía cuándo tenía que aflojar. A veces se me va la pinza y

aquello acababa muy mal.
Podíamos pasarnos horas sin
hablarnos, pero uno al lado del otro
siempre, y por una simple tontería.
No era el momento. Estaba feliz.
Me había regalado una moto
fantástica. Y eso lo perdonaba todo.
Pero a veces sí que es cierto que
Jose me tocaba los cojones.

—Natalia, vamos a calmarnos,
¿vale? —intervino él con
serenidad.

—Estaba bromeando, tonto —dije
yo y comencé a reírme.

—Mira que eres cabrona.

—Sí, lo soy y me encanta —concluí yo con otro sorbo de calimocho.

—Oye, me encanta este sitio y el calimocho entra bien, muy bien —dijo él mirando al horizonte.

—Tú, sí que entras bien —dije yo con picardía.

—Joder, qué mal te sienta el alcohol. Ya comienzas a decir tonterías, Natalia.

—Hijo, encima que te suelto un piropo, ¿te pones así?

Se hizo un silencio entre nosotros. Yo me lo comía con los ojos. Y él hacía lo mismo en ese instante.

Sobraban las palabras. La noche era perfecta. Yo había sacado las mejores notas de mi vida. Jose me había regalado una moto y ahora estábamos cenando en un sitio fabuloso. De repente, Jose comenzó con otra conversación. Cambió completamente de tema.

—Me llamó mi primo Javi, que se va con Marina de camping, dice que si nos vamos con ellos.

—Vale ¿Cuándo sería?

—La semana que viene.

—Perfecto ¿Has pedido vacaciones en el curro? —saqué la lengua, el padre era el jefe, así que no tendría que rellenar ninguna instancia.

—No me hace falta pedir las, solo comentarlo.

—¡Qué chulo eres!

—¿Te regalo una moto y me tratas así? —sonrió negando con la cabeza.

—No se me compra con una moto, además ahora tendrás que mantener tú la gasolina.

—Como si fuera lo único que tengo que mantener —soltó una carcajada.

—Oye ¡Yo trabajo! No gano como tú, pero tengo también un sueldo, así que no me toques la moral — reproché.

—Si ya...

—Ahora el borde eres tú.

—¡Para nada! —me dio un beso —
ya sabes que todo lo mío es tuyo.

—Si ya...

—Oye, ¿dónde vas a ir con la
moto? —preguntó con cierta
ingenuidad.

—Estaba pensando entre París y
Chicago. No lo tengo claro. ¿Dónde
voy a ir, cojones? Al trabajo y al
instituto.

—Ya me lo imaginaba —dijo él
riéndose, porque había hecho la
pregunta con la intención de

meterse conmigo.

—No, si te parece. Ya sabes cómo es mi vida. Tranquilo, que no me voy a escapar.

—No sé, no sé. De ti, puedo esperar cualquier cosa, ¿sabes?

—¿No me digas? Pues la próxima vez que me pidas que te haga en la cama el...

—Para, Natalia, para. ¡Que nos van a oír! —me interrumpió él partiéndose el pecho.

—Si es que me provocas, Jose. La

culpa la tienes tú. Me provocas y sale mi lado salvaje.

—Sí que eres un poco salvaje. Y bruta también, cuando quieres — apuntó él con ironía.

—Sí, espera que habló Richard Gere.

No parábamos de meternos el uno con el otro. Yo me lo estaba pasando muy bien. Es lo bueno que tenía nuestra relación. Nos tirábamos puyas continuamente y eso le daba a nuestra rutina una vidilla que otras parejas no tenían.

Algunas de mis compañeras de trabajo y de clase estaban hartas de sus novios. Sus vidas eran aburridas y no hacían nada especial con sus chicos. Nosotros, sin embargo, con lo poco que teníamos, intentábamos siempre buscar una aventura, una sorpresa, una escapada. Eso nos mantenía siempre vivos y con ganas de vernos todos los días. Lo peor que hay en una pareja es el aburrimiento y yo no iba a caer en eso.

Mientras seguíamos con nuestras bromas. Mientras pedíamos otra jarra de calimocho, pasó algo que

no me esperaba. Pero, a veces, estas cosas ocurren.

En ese momento, llegó una de esas que me tocaban la moral, pero al vivir en un lugar con no muchos habitantes, era fácil encontrárselas a menudo. La tía tuvo la poca vergüenza de que, al pasar para sentarse en la otra mesa, la escuché saludarnos a mi espalda.

—Si abres el pico te mato —dije en voz flojita a Jose lo que le provocó una carcajada flojita.

—No iba a decir nada. Joder, cómo

te pones.

—Ya sabes lo que te he dicho, Jose.

Se acercó a mi oído.

—Solo me importas tú.

—La que liaste —negué enfadada con la cabeza recordando todo.

—No vayamos a estropear la noche, Natalia.

—En fin...

—¿Qué pasa ahora? ¿Por qué te pones así? La muchacha solamente

nos ha saludado. No hay nada malo en ello, Natalia.

—O sea que te alegras, ¿verdad? Eso es lo que pasa; que te alegras. Después de todo lo que he sufrido...

— dije yo dolida, esperando a que me oyera la otra.

—¿Quieres bajar el volumen, por favor?

—Me da igual. Quiero que me oiga. Y lo peor es tu reacción. Pareces un niño pequeño, ¿me oyes?

—No me jodas, Natalia. Yo no he hecho nada —dijo él acojonado.

—Ibas a saludarla, ¿verdad? Dilo, reconócelo.

—Estamos tan bien aquí. Y tú me estás montando el pollo porque una chica ha querido saludarnos —
aclaró él.

—No, saludarnos, no. Saludarte, específica, ¿sabes? —dije yo dolida y con los nervios a flor de piel.

—Madre mía, estás montando una

que anda. Pero si no ha pasado nada, ¿cómo quieres que te lo explique?

—No, déjalo, déjalo ya —dije yo con rabia.

—Natalia, no me provoques, porque si te hablo de un tal Josiño... —apostilló él con una sonrisa enigmática.

—Ese chico no tiene nada que ver. No es lo mismo, Jose. Ni de lejos. Ni de lejos se puede comparar con lo que me estabas haciendo —dije yo con rabia.

Esas cosas me hacían sentir mal, cada vez lo llevaba mejor, pero no podía evitar que me siguiesen doliendo. Me relajé bebiendo calimocho y, como dejamos el tema, la velada transcurrió muy bien.

La semana siguiente nos fuimos una semana entera de camping. Lo pasamos genial. Durante aquellos días, me olvidé del mundo, de las prisas, del trabajo y del estrés. El hecho de estar con él las 24 horas me hacía sentir segura, importante y de nuevo especial, muy especial. Jose se encargaba de que así fuera.

De la misma manera, pasamos los siguientes meses: el otoño, el invierno y, por fin, llegó una nueva primavera. Yo era cada vez más feliz y estaba más contenta de haber tomado la decisión de haber perdonado a Jose, un hombre que no se volvió a separar ni un minuto de mi lado y me volvió a demostrar que podía confiar en él.

Un día sucedió algo inesperado que nunca confesé a mi chico. Estaba en mi cuarto con Jose. Estábamos metiéndonos mano, para que voy a andarme con tonterías. De repente, en el momento más inoportuno,

recibí una llamada en el fijo.

Lo cogí y, para mi sorpresa, se trataba de Josiño.

El corazón me dio un vuelco. Casi me da un ataque. Y Jose estaba en mi cuarto. Escuchaba que me llamaba desde mi habitación: “Natalia, por favor, no tardes. Que me enfrío”.

Josiño estaba en San Fernando y, después de año y medio sin verlo, reconocí enseguida que era él cuando me dijo “Hola”.

—Hola Natalia, estoy en San Fernando en el restaurante de siempre.

—¿Qué haces aquí? —pregunté flipando.

—Vine a lo de las motos, tengo las entradas al circuito de Jerez, me quedaré tres días.

—Perfecto, ahora paso a saludarte.

Colgué estaba flipando ¿Josiño?
¿En mi tierra? ¿Dios me quería morir!

Me dio mucha pena. No me lo

pensé. Josiño me estaba esperando en un bar de San Fernando que era donde siempre parábamos. Me inventé una excusa rápida.

Le dije a Jose que me apetecía salir que nos fuéramos al pub donde estaba amigos nuestros, así que después de un revolcón y mi cabeza a explotar nos fuimos, una vez allí me la ingenie para escaparme donde estaba Josiño, que era relativamente muy cerca.

Cogí mi moto y salí pitando. El corazón, mi corazón estaba en un puño. ¿Por qué había aparecido

Josiño?

¿Ahora? ¿Y me llama? Si fue él el primero que me animó a volver con Jose. Qué cuerpo tenía, por favor.

Llegué el bar y él estaba allí.

Estaba sentado en una mesa del rincón. Solo, delante de una Coca Cola Light. Me miró con alegría. Sus ojos se llenaron de luz. Yo me quedé helada. Le estaba mintiendo a Jose. Me estaba viendo a escondidas con una persona que durante un tiempo había sido mi amor.

Me la estaba jugando. Ahora que iba todo sobre ruedas con mi chico, yo me arriesgaba de aquella manera.

—Pero, ¿qué haces aquí? ¿Te has vuelto loco, Josiño?

—No, no me he vuelto loco. He venido al circuito de Jerez con unos amigos. Y quería verte a ti también.

No me senté. No quería que nadie nos viera juntos. Yo estaba temblando de miedo, pero aun así me atreví a hacer aquello, a demostrarle que yo todavía lo

recordaba con cariño. Pero solo era eso, cariño, afecto.

Acaba de mentirle al hombre de mi vida por ver a Josiño que, de vez en cuando, Jose me lo sacaba a colación cuando nos encabronábamos.

—Tenía ganas de verte.

—Gracias —dije preocupada porque nadie nos viera. —Me tengo que ir, Jose me está esperando.

—Te entiendo.

Le di un beso, si un beso y me fui

sin decir más nada, mil sentimientos volvían a mí, pero ya no iba a volver a liarla, no iba a seguir en una guerra, que ya debería de haber terminado, en el fondo sabía que...

Jose no se lo merecía.

Yo sentía todavía mariposas en el estómago, pero no tenían nada que ver con el amor que Jose y yo estábamos viviendo.

Me dolió, sí, dejarlo allí. Me subí a la moto y me fui a buscar a Jose, a mi Jose, al Pub. Aparqué en la

misma puerta y bajé de la moto. Me notó rara.

—¿Estás bien, Natalia? —preguntó él con preocupación.

—Nada, tonterías de chica.

Estefanía se ha enamorado y lo está pasando fatal —dije yo con un tono cortante.

Estuve un rato en silencio. Pedí una Coca Cola, que me recordó a Josiño. Sin embargo, pese a aquel encuentro que no duró ni cinco minutos, me alegré de verlo. Estaba igual. No había cambiado apenas.

Siempre tendría un recuerdo fantástico de aquel muchacho.

—Seguro, ¿qué estás bien? — preguntó de nuevo.

—Que sí, pesado. Eres muy pesado, Jose, cuando quieres, ¿eh? — dije yo sonriendo.

—Esa es mi Natalia, la borde — añadió él con picardía.

—Te vas a ir a la... — pero no acabé la frase.

Me sentía segura. Me di cuenta de que Jose era ese hombre fantástico

del que me había enamorado. Su pelo revuelto y su sonrisa diabólica me hacían perder la razón.

—Me has dejado a medias esta tarde —musitó él con intención de que yo me riera.

—Bueno, esta noche te compensaré —respondí yo con mucho morbo.

Cuando llegué aquella madrugada a casa, me tiré en la cama y lloré, no sabía por qué, pero tenía claro que había hecho lo correcto.



Aquello sí que no me lo esperaba.
Aquella noche, cuando volvíamos
de dar una vuelta, Jose se paró
delante de mí. Aún no habíamos
llegado al portal de nuestra casa.
Volvió a sonreírme. Ya estábamos.

Quando él sonreía de esa forma, es

que estaba tramando algo. Joder. Yo empecé a ponerme muy nerviosa.

Ya lo estaba viendo venir y cuando lo soltó casi me da un síncope.

Porque podía esperarme muchas cosas de mi chico, pero lo que no me esperaba nunca era que fuese hacerme aquella propuesta.

—Natalia, vente conmigo —dijo él de repente.

—¿Adónde? No me asustes — respondí yo inmediatamente y con asombro.

—Vente a vivir conmigo. Hagamos esa locura. Además, siempre dices que tienes ganas de independizarte, me voy contigo —dijo muerto de risa.

—Sí que es una locura. Yo no puedo hacer eso, tus padres te mataran ¿Es que te has dado un golpe en la cabeza mientras trabajabas? —comenté yo riendo y temblando de nervios.

—No he hablado más en serio en mi vida, créeme. Es mi decisión, tengo 21 años, soy mayor de edad y quiero vivir contigo.

—No, no te creo. Lo estás diciendo para provocarme.

—Te he dicho que te vengas a vivir conmigo. Alquilamos una casa. Bueno, de hecho, ya he visto una. Te va a encantar. Ya he hablado con el propietario y nos la deja tirada de precio —dijo él muy seguro de sí mismo.

—No puedo creer nada de lo que estoy oyendo. ¿Tú sabes la que se va a armar si me voy? Va a hablar todo el mundo —dije yo horrorizada.

Era cierto que nunca lo había visto tan serio y seguro de lo que decía hasta en ese momento. Estaba hablando convencido de su decisión. Yo no sabía qué decir. Por un lado, me atraía la idea. Por otro lado, sin embargo, me parecía demasiado precipitado todo. Se hizo un silencio, un silencio incómodo. Él me miró fijamente, esperando una respuesta.

No sabía qué responder en aquel instante. No tenía la rapidez de reflejos de él. De repente, me sentí muy agobiada. No sabía si reír o llorar. Si lloraba no era por

tristeza, sino por la emoción de saber que José iba muy en serio conmigo. Y si reía era porque no me lo terminaba por creer.

—Me da igual lo que diga la gente. Me importa una mierda —dijo con aires de suficiencia, haciendo aspavientos con las manos, para dar más énfasis a sus palabras.

—Sabes que no es tan fácil, Jose —repuse.

—Es *muy* fácil. Nos vamos a vivir juntos y ya está. Eres mayor de edad. No nos hace falta nada para

vivir. Nos tenemos el uno al otro —
dijo para después agarrarme de las
mejillas y besarme los labios a
conciencia.

—¿Tengo que darte una respuesta
ahora? —cuestiono aún con los
ojos cerrados y temblando como
una hoja.

—La necesito ya. Es urgente,
Natalia. Quiero que te vengas a
vivir conmigo, ¿me oyes? Lo quiero
todo contigo, cariño.

Me temblaba todo. También por
temor a que si mi respuesta fuera

no, él me dejara. No era una amenaza.

Pero daba la sensación de que, según lo que respondiera, así actuaría él en consecuencia. O me iba con él. O se iba para siempre, sin mí.

No sé si era esa su intención. Pero yo lo entendí así. Miré al cielo por unos instantes. Pero ni estrellas fugaces ni nada que se les pareciera ocurrió, para que yo me decidiera.

No pensé jamás que Jose me fuese a proponer algo así. Lo besé una

vez, lo tuve claro. Aquello era la señal de que yo aceptaba. Me iría con él, pero debía decirlo en casa y enfrentarme a las consecuencias.

Pero Jose era todo lo que tenía, lo que me importaba en aquel momento. Porque la familia siempre iba a estar ahí, pero quizá Jose no. Y eso me tenía al borde de la locura. Pensar en no tenerlo junto a mí, hacía que el mundo, nuestro mundo que tanto nos costó forjar, se echara abajo como un castillo de naipes.

—Me importas tú, quiero estar

contigo —dijo él con tono grave.
Agarrando mi barbilla, haciéndome mirarlo.

—Yo me voy contigo adonde haga falta, Jose —le contesté con el corazón en la mano. Estaba ilusionada de repente.

Le volví a dar un beso y nos despedimos. Cuando abrí la puerta de casa, mis padres estaban cenando en la cocina. Llegué y, sin pensármelo dos veces, se los solté. No recuerdo la frase exacta, pero era algo parecido a que: “Mañana José y yo nos vamos a vivir juntos”.

Jose tenía razón. Y ya tenía 21 años y podía decidir por mí misma. Fui a mi habitación e hice las maletas.

Esperaba a que en cualquier momento entraran mi madre o mi padre para echarme un rapapolvo, pero no sucedió nada de eso.

Al contrario, se hizo un silencio en toda la casa. Parece que estábamos de duelo. Yo pude recoger todo y meter lo imprescindible en dos maletas que, a la mañana siguiente, me llevaría al piso que había alquilado Jose para nosotros dos.

Debo decir que yo estaba tan emocionada como confusa. No sabía por qué Jose había decidido de aquella forma tan rápida que nos fuésemos a vivir los dos solos.

Pero tampoco me sorprendía, en el fondo Jose era así de impulsivo. Y eso era lo que más me gustaba de él. Hacía que la vida mereciera la pena, hacía que la vida fuese siempre una aventura.

A la mañana siguiente, cuando salí de casa con las maletas, solo estaba mi madre. No me dijo nada. Se hizo el mismo silencio de duelo. Yo quise decir algo, pero no me salían

las palabras. No me iba tan lejos.

Simplemente había decidido irme a vivir con el chico que me gustaba.

Jose era un espíritu rebelde y salvaje. No solo me lo demostraba en la cama sino también en ese tipo de decisiones. Cuando salí de casa con las maletas, Jose me estaba esperando en su coche. Su cara se iluminó. Yo creo que en algún momento pensó que yo iba a dar marcha atrás.

Pero salí llena de orgullo, con la cabeza bien alta. Le había enseñado tanto a Jose como a mis padres que

era capaz de tomar también mis propias decisiones. Era libre de hacer lo que me diera la gana. Y mi mundo, mi pequeño mundo, estaba al lado de aquel chico. Me monté en el coche. No dije nada.

Simplemente lo besé en los labios como si fuera a ser el último día juntos.

—¿Cómo ha ido? —preguntó él sonriendo.

—Mejor de lo que pensaba. Ha sido todo tan rápido. No me lo esperaba. También ha sido una

sorpresa para mí, joder. Es que estás muy loco —reí y volví a besarlo. Parecía una niña el día de reyes.

—¿Ahora te enteras? Claro que estoy loco. Eso es la vida. La vida es hacer locuras, Natalia. Métetelo en la cabeza, ¿me oyes?

—Me das miedo cuando te pones así.

Arrancó el coche y salimos de allí pitando. Yo miré por el retrovisor y ahí se quedaba mi casa, la que había sido mi hogar de toda la vida.

Yo volvería a ver a mi familia. No era una despedida para siempre.

Pero tenía la sensación de que ellos se lo habían tomado así.

Jose me estaba dando la tranquilidad y estabilidad que yo necesitaba. A su lado, me sentía segura. No tenía nada que temer. Eso era también otra de las cosas que más me gustaba de Jose.

Transmitía siempre calma, serenidad y protección. Eso es. Me sentía protegida a su lado. Él trabajaba por las mañanas mientras yo estudiaba por las tardes. En

principio, como él me había dicho, no necesitábamos mucho para vivir.

Tengo que decir que la casa era preciosa. Era más amplia de lo que yo esperaba de cualquier piso de alquiler. Jose vio enseguida la felicidad en mis ojos. Nada más entrar lo abracé. Estaba agradecida por todo lo que estaba haciendo. Era mi casa, su casa, nuestra casa. Por fin teníamos un hogar y lo más importante, por fin, era que sentía que Jose tenía un compromiso muy serio conmigo. Los muebles eran humildes y modestos. Poco a poco, conforme fueron pasando las

semanas, ya iríamos decorando la casa a nuestro gusto.

Ahora sí que me sentía una princesa de cuento, ahora sí que tenía mi particular castillo de Euro Disney.

Los primeros días pasaron muy deprisa. Los dos hacíamos nuestra vida y estaba claro que la ilusión y el amor estaban presentes en cada rincón de aquella vivienda.

Teníamos claro que nuestra vida iba a ser sencilla, sin grandes pretensiones, sin grandes aspiraciones. Éramos dos chicos jóvenes que habíamos tomado la

decisión de convivir. No éramos los primeros, ni seríamos los últimos. Justo cuando pasó unas semanas, Jose me sorprendió con otra propuesta.

Yo estaba en la cocina, preparando la comida. Jose había llegado del trabajo. De nuevo, aquella sonrisa enigmática me hizo pensar que algo tenía en mente. Yo me puse muy nerviosa y enseguida le pregunté.

—¿Qué escondes? Algo tramas — dije yo con ilusión.

—Quiero que elijas, Natalia.

—Que elija, pero... ¿qué tengo que elegir? —pregunté con nerviosismo.

—Elige: boda o niño —dijo con tono serio.

—Pero, ¿Y eso? ¿Estás loco? Cada día estás peor.

—No estoy loco. Quiero que elijas. Y ya estás tardando —añadió él con el mismo tono de gravedad que antes.

—No voy a responderte ahora, cojones. Me vas a volver loca. Si

tú no estás loco, a mí sí que me vas a volver loca —dije yo sonriendo.

—Estoy esperando una respuesta. No hay tiempo.

—Pero, esto... ¿qué es? ¿Un concurso? ¿Una cámara oculta?

Si cualquiera de los que estéis leyendo este libro, se pusiera en mi lugar, ¿qué responderais?

Yo me quedé un rato pensativa. Mi chico seguía en el umbral de la puerta, ansioso. Pude notar el temblor en sus labios. Cuando eso

sucedía, es que estaba nervioso, pero sabía disimular muy bien. De repente, mi corazón me impulsó a decir que quería boda. Sí, quería casarme con Jose. Era mi sueño. Era mi sueño desde aquel momento en que se cruzó conmigo cuando apenas tenía 15 años.

—Ya lo he pensado. Digo “boda”, Jose.

—Pues nada, genial. A por la boda—dijo él aliviado.

—¿Esperabas que dijera “niño”?—pregunté yo con miedo—, una

adopción tardaría mucho, sabes que no pienso parir, hay muchos niños necesitados de familia.

—No, daba igual lo que eligieras. Solo quería un futuro para los dos.

—Eres un cabrón. ¿Para qué preguntas entonces? —añadí yo sonriendo.

Cuando terminamos de hablar, yo me lancé a por él. Lo besé con ansia viva. Tenía ganas de comérmelo allí mismo. Él se echó para atrás un tanto sorprendido. No dejábamos de reír. Si tuviera que

definir la felicidad, la felicidad eran aquellos momentos en los que Jose y yo estábamos relajados, calmados, sin necesidad de estar pensando en el pasado.

Después de unos días, tras tomar aquella decisión, decidimos que el mes en el que nos casaríamos sería marzo, marzo del año siguiente. Tendríamos entonces 22 años. Durante todo ese tiempo, solo puedo decir que Jose era feliz conmigo. Yo me sentía continuamente halagada por sus piropos y sus frases cariñosas.

Me trataba como a una reina. Aquel piso se había convertido no sólo en nuestro nido de amor, sino también en un hogar lleno de alegría y de entusiasmo. Era como un sueño hecho realidad.

Teníamos un año por delante, todo un año, para preparar aquella boda. A Jose no se le quería escapar nada. Quería que fuese la mejor boda del mundo. Quería que yo me sintiera una persona envidiada. Que yo sintiera que era la novia más radiante de todas las que han existido, una verdadera princesa de cuento.

Y lo sería, solo teniéndolo a él como mi príncipe.



Fue una de esas noches mágicas. No puedo negarlo. A veces tengo la sensación de que mi vida al lado de Jose fue como una montaña rusa. Los momentos malos se mezclaban

con momentos muy felices. Al final son estos últimos los que te permite seguir viviendo, mirar al futuro con la ilusión. No quiero ponerme melancólica. Creo que a todos nos pasa lo mismo. Intentamos olvidar los momentos malos, aunque siempre se quedan ahí, en el interior de tu corazón, advirtiéndote de que no puedes confiarte demasiado.

A veces queríamos jugar a ser príncipes, y la noche fin de año antes de casarnos, nos fuimos a un hotel de lujo, en Cádiz. Jose estaba espléndido con su traje. Hacía

mucho tiempo que no lo veía así.
No acostumbraba él a ponerse ese tipo de ropa.

Él me miró con ojos de ensueño cuando yo aparecí con mi vestido. Parecía una chica Freixenet. Sus ojos me desnudaban, lo sé. Reconozco ese tipo de mirada enseguida, al igual que la intención siempre de sus sonrisas. Jose tenía un amplio abanico de miradas y sonrisas. A él no le hacían falta las palabras.

La fiesta en aquel hotel incluía la habitación además de la cena y el

cotillón. Estábamos muy emocionados porque, dentro de tres meses, estaríamos casados.

Seríamos marido y mujer. Ese tipo de cosas a mí me emocionaban especialmente.

Se me notaba en mi forma de hablar y en mi forma de reír. Parece mentira, pero una boda a veces da sentido a tu vida. Aunque, si he de ser sincera quien verdaderamente daba sentido a mi vida, era Jose. La noche iba fenomenal. Todo el mundo iba muy guapo. Yo miraba a mi alrededor y me sentía una extraña.

Jamás había asistido a una fiesta de ese tipo. Con mis amigos y con mis amigas, normalmente, en una noche como esa, habríamos acabado en el parking de alguna discoteca. Y allí, al final, solo había peleas y borrachos.

Nos prepararon una mesa a los dos. Una vela dominaba el centro. José estaba nervioso. No paraba de mover la pierna.

—Estás preciosa —dijo él.

—Tú también, deberías ponerte el traje más a menudo —añadí yo,

sonrojada.

—Sí, para hacer surf y para subirme a una escalera a empalmar cables, me voy a poner un esmoquin

—

dijo él con sorna.

—Ya te pones tonto. Solo intento halagarte —comentó yo poniéndome seria.

—Es verdad. Lo que sucede es que no salimos de fiesta casi nunca. No me refiero a ir a pubs o discotecas, sino a salir de fiesta a sitios más

elegantes—dijo él con un brillo especial en los ojos.

—No sabes cómo te quiero, ¿verdad?

—Lo sé, Natalia, lo sé — susurró cogiéndome la mano

En ese instante, cuando mejor estábamos, pasó una chica que llevaba más silicona que las juntas de mi baño, una Paris Hilton en la que todo el mundo reparaba. Jose no iba a ser menos, claro.

—¿Qué miras? —le pregunté con

tono de perro de presa.

—Yo, nada. Solo miraba la lámpara de este comedor. No he arreglado ninguna de estas —disimulaba conteniendo la risa.

—¿Por qué la has mirado? ¿Es que no te basto yo? —pregunté con cara de muy mala leche.

—Yo no he mirado a nadie. Ah, ¿te refieres a la chica rubia? Sí, sí, sí ... no me gustan esa clase de mujeres —añadió él intentando salir del apuro como mejor podía.

—No me jodas, Jose. Le has hecho un repaso que no veas. Ella también te ha mirado, me he dado cuenta.

Vas a arruinarme la noche, ¿sabes?

—Pero, Natalia, no empecemos, pero ¿qué he hecho yo? Al final voy a tener que ponerme unas orejeras como los caballos para mirar solo de frente —dijo él cabreado.

—Pues no es mala idea. Mañana me encargaré de comprarlas. Tonto del haba, que eres un tonto del haba.

La verdad que me estaba pasando tres pueblos. El chico no había hecho nada raro. Pero yo enseguida me puse muy celosa. Quería que aquella noche fuese mágica y aquella Paris Hilton de turno lo estaba fastidiando. Respiré hondo y conté hasta diez. Lo había visto en las películas, pero aquello me puso peor.

Cenamos en silencio. Todo estaba exquisito, pero Jose y yo manteníamos las distancias. Yo quería ver el lado positivo a aquella noche, pero mis celos y mi resentimiento no me dejaban

respirar. La chica rubia siliconada pasó de nuevo por nuestro lado.

Jose bajó la cabeza como un chico al que le acaban de dar un calvotazo. Y a mí me dio por reírme.

—¿De qué te ríes ahora? — preguntó él.

—De nada, pues ¿de qué va a ser? De ti. Que eres muy tonto. Me haces caso en todo —dije yo más relajada.

—Me vas a volver loco. Natalia, ¿sabes qué es un psiquiatra?

—Sí, tu puta ...

—Para, para, para, que te conozco
—soltó él, frenando mis instintos
de mujer amazonas.

—Si es que me disparas. Ahorra
energías para la habitación. Que
quiero que me hagas el teto —soltó
de repente.

—¿Qué es el teto? ¿De qué hablas?
—pregunté yo con toda la inocencia
del mundo.

—Es el juego de tú te agachas y yo
te la ... — dijo él.

—Pero, ¿tú eres tonto? No digas esas cosas aquí. Nos van a echar, Jose.

Me dio por reírme mucho. Volvíamos a tener un feeling especial. Después de los postres, sonó la música.

Era una canción de Sergio Dalma, "Bailar pegados", y yo me levanté enseguida y Jose me acompañó hasta la pista. Estuvimos pegados uno al otro, como decía la canción, mientras sonaba la voz del cantante.

Era una de mis canciones favoritas.

Luego vino ya el desmelene.

Comenzaron las canciones de Azúcar Moreno, Los Chunguitos y Ricky Martin, y yo parecía una peonza.

La gente se apartaba asustada. Allí estaba yo, la loca de los peines, con mi vestido, precioso, bien ajustado, dando un espectáculo de vértigo.

Me faltaba pista. Parecía Tina Turner en un concierto. Agitaba mi pelo como un látigo. Jose se partía de risa. La Paris Hilton de turno nos miraba con una cara de haber chupado un limón. A mí me daba

igual todo. Era una pantera.

Y luego lo fui en la habitación del hotel. Jose estaba asustado. Me dio por besarlo y ponerlo a cien enseguida que cerramos la puerta. Puse el cartel de no molestar y me desnudé delante de él. Ni me metí en el aseo. Su traje quedó para el arrastre. Como una felina, se lo arranqué. Y me tiré encima de él.

Estuvo genial lo que sucedió encima y debajo de las sábanas. Eran las seis de la mañana y aún estábamos despiertos.

—¿Quieres otro? —le pregunté con morbo.

—Estás loca, Natalia. Estás muy loca.

—Y lo bien que lo hemos pasado —dije yo orgullosa.

Cuando Jose estaba a punto de cerrar los ojos, lo moví y le dije.

—No te vayas a dormir ahora.

—¿Qué pasa, joder?

—Jose, que es Año Nuevo. Ahora toca chocolate con churros.

Me duché. Me puse el vestido como pude. Y saqué a Jose de la cama. Él iba que se arrastraba. Pero a mí me daba igual, porque yo estaba llena de vida y nos quedaba toda la vida por delante.



A la mierda. Iba a mandarlo todo a

la mierda, ni boda ni nada. Estaba que me subía por las paredes. Era el día de mi boda y yo estaba hecha un flan.

Me alivió algo saber que el padre de Jose, quien seguía ingresado, había pedido el alta voluntaria para estar ese día con su hijo. Sabía que eso lo haría muy feliz.

Pero nada me importaba en ese momento. Ni cuánto lo amaba, ni que mi vestido era espectacular...

Yo iba a salir por la ventana, anular la boda y que fuera lo que Dios

quisiera.

Imagino que los nervios normales de toda novia...

Hasta que me puse el vestido, claro. Me quedé mirándome al espejo, estaba, sencillamente, espectacular.

Me había enamorado de ese pedazo de tela al instante, no podía ser más perfecto. Y ahora sí quería casarme, tenía un vestido que enseñar.

La ceremonia fue preciosa y,

aunque notaba la mirada de los invitados en mí, no podía prestarles atención. En ese momento, yo solo estaba por y para Jose. Íbamos a convertirnos en marido y mujer.

¿Podíamos estar más locos? Como dos cabras. 22 años y ahí estábamos dándonos el “sí, quiero”.

Y yo no me enteré de nada: ni de la ceremonia, ni de las fotos de después, ni de cuando casi pierdo un ojo con el arroz que nos tiraron. Estaba como en una nube, estaba viviendo un sueño junto al amor de mi vida.

Todos reían, cantaban, bailaban en el convite. La gente lo estaba pasando más que bien y eso era todo lo que yo necesitaba para no borrar la sonrisa de mi cara. Jose estaba guapísimo y yo no podía quitar los ojos de él, ese que, a partir de ese momento, era mi marido.

Increíble...

Con todo lo que habíamos pasado para que llegara ese momento. ¿Cómo no iba a sentirme feliz? Ese surfista escurridizo era “mío” legalmente.

Y a él le brillaban los ojos cuando me miraba, su sonrisa me mostraba cuánto disfrutaba junto a la familia y amigos.

Después de la celebración, nos fuimos de copas. Desfasamos bailando, cantando (o más bien, dando el cante). El alcohol nos hizo perder la poca vergüenza que teníamos y nos desinhibió por completo.

Esa noche dormiríamos en nuestra casa. Cuando llegamos, caí desplomada en la cama. Jose se tumbó a mi lado, lo miré y él movió

las cejas, insinuante.

—No me mires así —dije con la voz ronca de tanto que había gritado y cantado ese día.

—Es nuestra noche de bodas.

—¿Y? —hasta ahí había llegado yo.

—Nos hemos casado —me miró como si yo fuera idiota. Tal vez lo era, porque no lo estaba entendiendo.

—Jose, lo sé. Ya te digo que lo nuestro nos costó llegar a eso.

Estoy agotada —resoplé.

—No puedes estar agotada en nuestra noche de bodas.

—Anda que no, con el día que tuvimos —volví a resoplar.

—Está bien, entonces date la vuelta que yo me encargo de todo.

—Que me dé... —me callé cuando por fin lo entendí. Me levanté de la cama como un resorte, ni de coña...

—Ah, no —me tropecé con la cola de mi vestido y casi me caigo y me rompo los dientes, iba a estar

bonita mellada ese día, pensé—. No me mires así, hoy no vamos a tener sexo.

—¿Por qué?

—Porque no podemos —dije como si con eso fuese suficiente.

—Claro que podemos, es más, debemos.

—Venga, Jose, que yo de virgen tengo poco. No será que no lo hicimos antes y no tendremos tiempo para volver a hacerlo —me crucé de brazos.

Jose me miró como si me hubieran salido cuatro cabezas. Y yo hasta empecé a creérmelo, estaba rechazando el sexo el día de mi boda, pero tenía una muy buena razón.

—¿Recién casados y ya vas a poner excusas? ¿Qué es?

—Nada.

—¿Te duele la cabeza?

—No.

—¿Bebiste mucho?

—No —mentí.

—No te excito... —se levantó de la cama y se acercó lentamente a mí.

—Quieto y parado —puse la mano antes de que se acercara del todo —. No digas gilipollices.

—¿Cuál es la excusa?

—No hay excusa, solo que hoy no lo haremos. No es obligatorio. Ni que nos fueran a dar un diploma por follar el día de nuestra boda.

—Hombre, diploma no, pero obligatorio es —se cruzó de brazos

y habló muy serio.

—¿Te vas a enfadar conmigo por eso?

—No, la verdad es que se me quitaron hasta las ganas, pero quiero saber por qué.

Me mordí el labio y, a riesgo de parecer idiota, respondí.

—¿Qué dijiste? —preguntó al no escucharme.

—Que no me voy a quitar el vestido.

—No me jodas, Natalia —pese a mi sorpresa, empezó a reírse a carcajadas.

—¿Te estás riendo de mí? —vale, iba a hacerlo hasta yo, la excusa (que no era tal, yo no iba a quitarme ese precioso vestido ni de coña), la verdad es que sonaba ridículo.

—Lo hacemos con el vestido puesto —seguía riendo.

Me miré de arriba abajo, intentando imaginar cómo iba a meterse ahí, como no me tumbara y él levantara toda la tela, tapándome la cabeza a

su paso y...

—No seas idiota —resoplé.

—Estás preciosa con el vestido —
dijo con voz melosa, intentando
llevarme a su terreno.

—Gracias —dije con suficiencia.

—Pero estás más hermosa sin él —
la voz, ya subió a seductora.

—Eso no lo tengo claro —me
encantó el comentario, pero yo no
iba a quitarme mi vestido y punto.

—Sin ropa... —se acercó a mí—

Con mi boca en tu cuerpo...

—Jose... —me quejé. Pero Jose ya jalaba de mí hacia la cama, ignorando mis protestas.

—Y seguro que la ropa que llevas abajo es igual o más bonita que ese vestido —topamos con la cama.

—Eso sí —asentí pensando en el precioso conjunto de ropa interior que llevaba abajo. Tal vez...

—¿Me dejas verla? —me besó— Solo un poco —otro beso que ya comenzó a ponerme a tono—.

Después, si quieres, te puedes volver a poner el vestido.

Lo miré sin creerlo en absoluto, pero ya me había tentado la idea. Me di la vuelta lentamente para que me ayudara a deshacerme de él. Me quedé ante él, en ropa interior.

—Joder, Natalia, ¿sigues con la tontería de dejarme a dos velas hoy? —resopló tras mirarme de arriba abajo.

Me entró la risa, el pobre tenía una tienda de campaña debajo de los pantalones.

Lo empujé y lo hice caer sobre la cama. Me senté a horcajadas encima de él y lo besé. A la mierda el vestido y todo lo demás. Ahora solo necesitaba a Jose.

Fuimos un poco torpes, el alcohol nos había afectado más de la cuenta. Fue corto, pero especial. No se sentía diferente hacerlo tras haber firmado un papel que nos unía de por vida, pero había algo distinto en eso. Tal vez era cosa mía, o del alcohol.

Estaba medio adormilada en la cama, apoyada en el pecho de Jose,

cuando habló.

—La boda ha sido perfecta.

—Sí —sonreí sobre su pecho, recordando algunos de los momentos y de las risas.

—Y ahora eres mi mujer.

Levanté la cabeza y lo miré a los ojos.

—Sí —sonreí, se sentía bien oírsele decir.

—¿Cómo te sientes?

—Normal, como si fuera natural entre nosotros.

—A mí me pasa lo mismo. Y estoy feliz.

Una sonrisa radiante apareció en su rostro y yo sonreí, compartiendo esa felicidad con él.

—No dirás eso por mucho tiempo —dije mientras volvía a apoyarme en su pecho.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Te casaste conmigo, amor. Te aseguro que tu existencia, a partir

de ahora, no será fácil.

Después de unos segundos en silencio, noté cómo su pecho comenzó a moverse hasta que una sonora carcajada salió de su garganta.

—Yo también te quiero, Natalia —
dijo entre risas.

Me abracé a él más fuerte y me dormí.

Al día siguiente, comenzaríamos una nueva vida.



Queríamos hacer ese viaje que habíamos aplazado. Queríamos tener nuestra luna de miel. Yo le dije a Jose que no quería salir de España. No quería irme a ningún país extranjero no fuera a ser que me raptaran. Él se reía sin parar cada vez que yo le daba las razones

de por qué no quería salir de mi país.

Luego, todo cambió. No sé muy bien por qué y me dio por viajar por todos los países del mundo. Estaba como una regadera y lo sigo estando.

Como el padre de Jose había estado ingresado, no pudimos hacer el viaje de novios en su momento.

Tuvimos que esperar unos meses antes de tomar la decisión.

Finalmente, decidimos pasar nuestra luna de miel en Tenerife.

Y así hicimos en enero del año siguiente. Tenerife nos esperaba. Yo quería calor y playa. Y lo que tenía claro es que no me iba a ir al Cantábrico en pleno invierno. Yo le puse toda la ilusión del mundo y Jose también.

Como he escrito varias veces, no necesitábamos nada más. Nos conformábamos con muy poco. Seríamos felices con ese viaje, porque lo importante no era tanto el destino, sino el hecho de celebrar que estábamos juntos, que todo iba de forma genial. Yo siempre había pensado en viajar a uno de esos

países exóticos que tanto me atraían.

Pero yo tenía que ser consciente de que aquello no podía ser. Por el bien de todos, lo mejor era viajar a un sitio que nos permitiera, en el peor de los casos, regresar con rapidez. Yo notaba que Jose también estaba ilusionado. Tengo que confesar que muchas veces, cuando pasaba por delante una agencia de viajes, me daba una envidia tremenda ver en el escaparate las ofertas de viajes a Tailandia, a Brasil, a México. Pero yo luego sentía un escalofrío que

me recorría el cuerpo y algo me decía que no. Madre mía, qué vueltas da la vida. Tiempo después, el mundo se me iba a quedar pequeño. Pero, por entonces, yo había decidido irme a Tenerife y con mucho orgullo. Y tenía claro es que lo iba a pasar de puta madre.

¿Por qué? Porque tenía a mi lado al hombre de mi vida. Tenía al lado al hombre que me hacía reír y hacía pasármelo muy bien. Tenía a ese hombre con el que había estado encerrada todo un fin de semana en un modesto hotel sin tener que salir afuera para nada.

Había luchado mucho por es amor. Lo había pasado muy mal. Me había costado mucho darme cuenta de que Jose era el hombre de mi vida. Y él había luchado por mí también a su manera. Había llenado mi vida de ilusión y de continuas sorpresas desde la humildad y sencillez, y eso bastaba.

Cuando yo era más joven, pensaba que mi boda sería excepcional. Que yo seguiría los pasos de muchos amigos y amigas. Tendría primero mi novio, llegaría virgen al altar, luego nos casaría un cura. A continuación, pasaríamos la luna de

miel en París. A la vuelta de nuestro viaje, nos iríamos a vivir a nuestro piso que habríamos elegido los dos un año antes, sacaríamos una hipoteca del banco, tendríamos nuestros hijos y formaríamos una familia de ensueño. Nada de eso se había cumplido en ese orden.

Habíamos hecho las cosas a nuestra manera sin que nadie nos impusiera nada. Y muchas de esas cosas estaban lejos de lo que era para mí la idea de vivir con una persona a la que amas y respetas.

Pero no es hora de ponerse triste.

La noche antes de tomar el avión, Jose y yo estuvimos hablando de nuestras cosas, bueno, he de ser clara, estuvimos metiéndonos el uno con el otro. Le enseñé un bañador y un pareo que me había comprado para la playa.

—¿Te gusta, cariño? —pregunté.

—¿Cariño? Si usas esa palabra es que eso te ha costado un ojo de la cara —dijo él con fastidio.

—Me da igual. Me lo he pagado con mi dinero —dije yo a la defensiva.

—¿Con tu dinero? Lo que ganamos ¿no es de los dos? Ahora resulta que tú tienes tu dinero, ¿tu dinero?

—añadió él fingiendo que se enfadaba.

—Oye, si te vas a poner así de borde, Jose, lo devuelvo a la tienda y ya está, ¿sabes? A mí no me vengas con tonterías.

—No te digo que lo devuelvas. ¿Te estoy preguntando qué te ha costado? Le encantaba buscarme la lengua.

Ya me estaba tocando los cojones,
así que se lo solté.

—Vamos a hacer una cosa, Jose.
Voy a doblarlo y a meterlo en su
caja. Ni lo toco. Cuando volvamos
del viaje, lo devuelvo a la tienda y
se acabó. Ahora, también te digo
una cosa —mi tono sonó
amenazante.

—Dime qué vas a decirme —
intervino él rápidamente sonriendo.

—Tendremos que buscar playas
nudistas. Porque, si no me llevo
este bañador ni este pareo, no me

quedará otra que bañarme en pelota picada. Haré topless y me meteré en el agua como mi madre me trajo al mundo.

—Me estás provocando, es eso ¿verdad? Lo que quieres es que salte —dijo él con seriedad.

—Vamos a ver, Jose. Si no me llevo este bañador precioso con mi pareo, estaré sin nada —volví a amenazarlo.

—No me jodas, Natalia. No tienes más bañadores, ¿verdad? Has tenido que comprarte ese que debe

haberte costado un huevo. — dijo como si realmente le importase, quería verme encendida, en el fondo le hacía gracia ver cómo me defendía.

—Sí, tengo muchos bañadores. Pero están pasados de moda —dije yo riendo.

—¿Qué están pasados de moda? No me jodas. Ahora resulta que sabes de moda y de estilismo, ¿no?

—Sí, yo sé de muchas cosas que tú no sabes, ¿me oyes? —le contesté con retintín.

—Haz lo que quieras. Llévate lo, pero a mí no me digas nada más de la ropa que te compras —repuso él con tono de enfado.

—No te pongas así. La que hemos montado por el bañador. Y lo guapa que voy a ir yo por la playa, que voy a parecer Pamela Anderson, tu Pamela Anderson. Vas a ser la envidia de todo el complejo hotelero

—dije yo partiéndome de risa.

Él no pude evitarlo y también comenzó a reírse a la vez que yo.

De repente, se levantó del sillón me cogió por la cintura y me arrastró hasta la cama. Recuerdo que aquella noche hicimos el amor de una forma suave y muy cariñosa. Nuestra discusión sobre el bañador había servido para algo.

A veces eran este tipo de discusiones las que nos ponían calientes, muy calientes, y acabábamos al final teniendo sexo del bueno.

—¿Qué polvo, no? —soltó él al acabar.

—Sí, ha estado muy bien, Jose — dije yo con aire de tontina sobre la cama, recuperando la respiración.

—Puto bañador... — dijo él riéndose.

—Has visto como, al final, el bañador y el pareo te han gustado. No es tirar el dinero, ¿lo ves?

—Sí, la verdad es que, si sirven para tener este tipo de polvos, cómprate todos los que quieras.

Yo nunca había salido de España. Aquella noche apenas dormí, pese a

estar agotada y, sobre todo después de hacer el amor con Jose. Solo le daba vueltas a la cabeza. Me daba miedo incluso coger el avión. Todo iba a ser nuevo para mí. Lo mejor de todo es que era nuestra luna de miel y que yo la iba a pasar al lado de mi chico.

Recuerdo que al día siguiente todo fue muy rápido. Cuando estábamos a punto de despegar, le cogí la mano a José. Su generosidad, su afecto y mi cariño hacia él estaban en aquel gesto. También estaba un poco nerviosa. El avión despegó rápidamente. Como estaba muy

excitada, en el viaje le puse a Josa la cabeza como un bombo. No paré de criticar a los pasajeros. No paré de criticar a algunas de mis amigas.

Tenía que pitarles el oído a todas ellas. El pobre me miraba con ternura.

Yo parecía un loro, no paraba de hablar y de hablar. Algunos pasajeros ya me miraban con malos ojos.

Pero yo no me daba cuenta. Jose solo asentía, tenía que tener un jaquecón tremendo. Cuando

llegáramos al hotel, seguro que se iba a tomar una caja entera de aspirinas. Yo estaba emocionada, intranquila, dando botes en el asiento del avión. Parecía una adolescente mal educada. Era la primera vez que salía de España.

Nos alojamos en un hotel precioso cerca de la playa de Abama. La luz de aquella isla me maravilló.

Nosotros estábamos muy acostumbrados a estar cerca del mar, pero he de reconocer que Tenerife nos atrajo desde el primer momento. Sus aguas transparentes y

el reflejo del sol sobre su superficie nos sumergieron en un sueño.

Ahora sí que éramos esos dos náufragos en una isla. Al menos tenía esa sensación de estar lejos de casa y de estar perdida en un lugar que no pertenecía a este mundo. Desde la habitación de nuestro hotel, se podía ver el mar y enseguida que dejamos las maletas eso fue lo que hicimos. Salimos al balcón y contemplamos aquel horizonte azul turquesa.

—¿Te has dado cuenta, Natalia? Es

precioso —dijo él emocionado.

A Jose le encantaba el surf y el mar era su segunda casa.

—Y no querías que yo estrenara el bañador y el pareo. Vamos que si los estreno... — dije yo buscando la broma.

—Escucha, escucha... — dijo él de repente.

—¿Qué escucho? —pregunté yo extrañada.

—El silencio, el silencio... solo se oyen algunas olas. Me encanta este

sitio —la voz de Jose sonaba a una persona que está muy emocionada.

Durante aquellos primeros días, la playa Abana fue nuestro paraíso. No queríamos salir del hotel. Nos encantaba pegarnos el atracón en el buffet a la hora de desayunar y luego desaparecer en la playa.

Yo estaba guapísima con aquel bañador y con mi pareo. Me paseaba de punta a punta por la playa. A veces lo hacía sola y otras veces lo hacía al lado de Jose, que normalmente se metía en las aguas a bucear. Nos encantaba aquel sitio.

Habíamos elegido muy bien. No pensábamos al principio en hacer excursiones. No queríamos ser los típicos turistas que se estresan intentando ver de todo en muy poco tiempo. Queríamos disfrutar el momento. Queríamos estar solos. Podía explicar muchos detalles de aquellos primeros días, pero, para resumir, diré que nos hinchamos a comer, que nos hinchamos a tomar el sol ya bañarnos, y también a follar por las noches. Me vais a llamar bruta, pero no voy a andarme con chiquitas.

Eso fue lo que hicimos durante

todos esos primeros días. También recuerdo que bailamos mucho en la discoteca del hotel y que salíamos a pasear por las noches. La temperatura era siempre agradable. Y un manto de estrellas nos acompañó aquellos días donde Jose y yo nos dábamos cuenta de que el tiempo había pasado muy deprisa. Éramos solo unos mocosos cuando nos conocimos. Recuerdo una noche en la playa que él me lo comentó. Jose no era de las personas a las que le guste reflexionar o filosofar. Como más de una vez me había dicho, le gustaba siempre mirar al futuro. El

pasado no servía para nada, según él.

—¿Te has dado cuenta de una cosa, Natalia?

—¿De qué mi bañador y mi pareo me sientan bien, verdad? Muchos se han fijado. No te vayas a poner celoso, ¿me oyes?

—No, no quiero bromear ahora. El tiempo ha pasado muy rápido. Has sufrido mucho y yo también lo he hecho, aunque no se me nota, aunque parezca un tipo duro.

—Lo sé.

Me sorprendió aquella intervención de Jose. No me la esperaba. No sé si era el mar, las olas, la noche, aquella serenidad que la playa de Abama infundía sobre nosotros. No sé lo que le estaba pasando. Pero tenía ganas de hablar. Nos detuvimos. Yo le cogí la cintura y lo besé despacio. Él me respondió también con un beso largo y siguió hablando.

—¿Te acuerdas de que perdimos un bebé incluso? —preguntó él tragando saliva.

—No me recuerdes eso, Jose. Cada día que pasa me acuerdo. Esas cosas no se olvidan. Nunca se olvidan

—respondí yo con tono serio.

—Lo sé. Tú lo viviste en primera persona. Tu dolor es mucho mayor que el mío —dijo él con calma, mirándome a los ojos.

—Éramos muy críos, Jose. No debimos hacer muchas cosas.

—Natalia, yo no me arrepiento de muchas cosas que hice. Sé que

algunas te hicieron mucho daño.

—¿No te arrepientes? ¿Por qué? —
me puse seria cuando él dijo
aquello.

—No quiero que me entiendas mal.
Claro que me arrepiento de haberte
hecho sufrir, pero pienso también
que, si aquello no hubiese
sucedido, hoy no estaría aquí
contigo, ¿sabes?

—No te entiendo, Jose.

—Lo que quiero decir es que el
destino tiene una ruta para cada uno

de nosotros y aquellos malos ratos y disgustos formaban parte de ese plan para que hoy estemos juntos aquí, solos, enamorados.

Yo sonreí. No le pegaba a Jose decir todo aquello. Normalmente el tono de sus palabras siempre era bromista y burlón. Me estaba sorprendiendo para bien.

Seguramente no le faltaba razón y el destino había querido someternos a toda esa clase de pruebas para que descubriéramos por nosotros mismos que nuestro amor era sincero.

—No sé qué decir. Quizás sea eso.
Quizás sea el destino, Jose.

—¿No te gusta lo que te he dicho?
—preguntó el un poco apenado.

—Lo que has dicho es precioso.
Pero mañana noche no tomes tantos
mojitos, que se te va la olla, aunque
me ha encantado, ¿sabes?

—Eres inconfundible, Natalia. Está
bien. Para una vez que quiero ser
romántico —dijo él riendo.

Seguimos paseando y aquella noche
hicimos el amor de una forma

salvaje, después de brindar con champán. Nuestro pequeño mundo se hacía más grande. Aquel viaje a Tenerife me estaba descubriendo a un Jose diferente, como más sensible. No quería que el tiempo pasara. No quería irme de allí. Tras estar los tres primeros días encerrados en el hotel y disfrutando a tope de aquella playa, visitamos la isla.

No podía irme de allí sin visitar El Teide, entre otras cosas, porque me había salido más de una en los exámenes de Geografía donde había sacado muy buenas notas. Aquel

paisaje volcánico me sorprendió.

Acabó con las piernas hechas polvo porque ascendimos un trecho de aquel volcán, que daba miedo. Jose alquiló un coche y visitamos los alrededores. El paisaje era espectacular. Los charcos y algunas otras playas parecían sacadas de alguna película de Disney. No podía creer que existieran sitios así, tan bonitos. Los carretes de fotos se me acababan rápidamente. No paraba de mandar a Jose cada dos por tres a comprar uno nuevo.

De noche, en el hotel, bajábamos al

restaurante a cenar. Yo me arreglaba mucho para que él me viera siempre guapa. A veces, se quejaba. Recuerdo la noche antes de volver a casa una pelea que tuvimos.

—No tienes por qué pintarte tanto, Natalia. Me gustas sin maquillaje —decía él casi siempre cuando estábamos en la mesa.

—Bueno, a ti no te gusta, pero a mí sí.

—Pero, hija, si es que esta noche te has barnizado como una puerta —

empezaba a sacarme de quicio ya con sus frases.

—¿Qué quieres? ¿Quieres tenerla?

—pregunté yo, sabiendo que él solo quería picarme para que saltara.

—Mira lo que te digo. Yo no te he dicho nada.

—Jose, me acabas de decir que parezco una puerta recién barnizada. Yo que me pongo guapa para ti, para que brille como una estrella. Mira qué pelos llevas tú, que pareces que has metido los dedos en un enchufe —dije yo con

ironía.

—¿Qué le pasa a mi pelo? Es precioso, lleno de brillo. Tenías que haberte casado con uno de esos compañeros de clase que se han quedado ya todos calvos y que tienen una barriga que parece que van a parir —repuso él a la defensiva.

—No me jodas. A ver si te crees que eres el puto Brad Pitt. Tú eres del montón como ellos. Yo no, yo soy una princesa.

Yo sabía que nada de aquello iba en

serio, así que al final, la cosa terminó donde tenía que terminar, echando un polvo, con la ventana abierta para que entrara la brisa y todo fuese más especial.

A la vuelta a casa, mientras estábamos volando, fue Jose el que me estuvo dando la paliza de todas las cosas que había pensado hacer en nuestra casa, de todo lo que iba a reformar y que iba a arreglar. A veces lo miraba, otras veces no lo hacía, porque mi cabeza seguía en aquella playa donde yo fui feliz con Jose, con mi bañador nuevo y con mi espléndido pareo.



Habían pasado unos años, 5 exactamente, yo dirigía una empresa propia y tenía varios empleados, apenas tenía 26

años, Jose seguía en el mismo trabajo familiar que también iba genial. Éramos muy felices y la

verdad que llevábamos una cómoda y buena vida, yo iba feliz con mi BMW, en plan pija total y Jose seguía su línea surfera, no soltaba la furgoneta ni a tiros.

En menos de un mes nos iríamos a Tailandia. Era uno de mis sueños. Quería viajar a alguno de esos países de Oriente y muchos amigos y amigas me habían hablado de aquel país auténticas maravillas.

Además, a Jose ya mí me gustaba mucho la playa. Allí también disfrutaríamos del mar y del calor, y de la playa. Habíamos visto

muchos catálogos donde aparecían esas típicas cabañas de madera frente a las aguas. Queríamos alojarnos en una de ellas. Aquellos años, después de nuestra boda, lo recuerdo con mucho cariño.

Fueron años intensos, de muchas vivencias íntimas. Recuerdo que seguíamos siendo tan jóvenes como cuando teníamos quince años.

Verdaderamente vivíamos como dos naufragos en una isla. Vivíamos ajenos al mundo. Estábamos solos en nuestro piso y no necesitábamos a nadie. Estábamos hechos el uno para el otro.

De eso ya no me cabía duda. Jose se había vuelto detallista y de vez en cuando me sorprendía con alguna escapada. Yo a veces me temía lo peor, pero al final todo salía bien. Porque, como he escrito antes, no necesitábamos a nadie. Es cierto que, con el paso de los años, nos habíamos dado cuenta de que tampoco necesitábamos mucho para vivir..

Era cierto que a mí me apetecía hacer un viaje al extranjero, a un país exótico.

Yo estaba muy ilusionada. Jose me

lo notaba en la cara. Yo creo que a él no le hacía tanta ilusión como a mí, pero al verme tan radiante, eso le bastaba a él para disfrutarlo tanto como yo. Lo pasaríamos genial en aquel lugar. Yo solo sabía hablar de Tailandia en el desayuno, en la comida y en la cena.

Yo no podía pedirle más a la vida. Y creo que la felicidad consistía en eso, en vivir humildemente, de forma sencilla. Por la noche, cuando caíamos agotados en la cama, yo sentía el cuerpo de Jose muy cerca y eso era suficiente para que yo me despertara al día

siguiente contenta, llena de energía y de vida. Me encantaba escuchar su respiración. Su rostro transmitía calma y serenidad, algo que yo necesitaba constantemente, porque yo era más bien nerviosa e intranquila.

Cenábamos en nuestra mesa de la cocina y no hacía falta que nos dijéramos nada para saber que estábamos bien. Bastaban nuestras miradas. Alguna sonrisa tonta y ese brillo especial en los ojos que Jose transmitía para decirme que esa noche quería hacer el amor conmigo.

Cuando terminábamos de hacerlo, él me miraba y me susurraba en la oscuridad de nuestra habitación.

—¿Me quieres ya?

—Otra vez. Eres muy pesado, Jose. Eres el hombre de mi vida. ¿Aún no te has dado cuenta?

—Es que me gusta verte enfadada
—decía él con humor.

—A ti lo que te pasa es que eres un cabrón, ¿sabes?

—¿Ya empezamos, Natalia?

—Sí, sí, sí... además te gusta que te lo diga —decía yo riendo.

Muchas de estas conversaciones tontas llenaban nuestra vida de buen rollo y yo quería que siempre fuese así. Que no hubiera más secretos entre nosotros, que no hubiera nada más de lo que arrepentirse, que yo pudiera amarlo sin sospechar de lo que hacía cuando no estaba conmigo.

Alguien que lea esto puede decir que yo estoy describiendo un sueño. Y es cierto mi vida se había convertido en un sueño hecho

realidad. Quizás yo no esperaba tanto de mi vida, sobre todo, después de todo lo que pasé con Jose cuando tan solo éramos unos adolescentes. Pero él había cambiado y yo también había madurado y veía las cosas de otro modo.

Pero eso no significaba que yo viera las cosas como si estuviera dentro de una película romántica. Sabía que eso podía esfumarse en cualquier momento. Si algo había aprendido, es que tenía que vivir el presente.

A veces, me regalaba cosas que sabía que me hacían ilusión, sin necesidad de que fuera un día señalado.

Todo estaba lleno de luz. Así lo puedo decir. Sí, que todo estaba lleno de luz. La alegría era lo que gobernaba nuestras vidas y nuestros corazones. A veces, es muy difícil encontrar las palabras justas para expresar lo que yo en aquellos momentos sentía hacia el que era mi marido.

Pero, como he escrito antes, no todo iba a ser un camino de rosas.

El destino nos tenía guardada una sorpresa que no iba a ser precisamente muy agradable.

Una mañana quise llamar a Jose. Me apetecía saludarlo. A veces, lo llamaba desde el trabajo, para escuchar lo que me decía. Siempre me gastaba alguna broma y eso me daba fuerzas suficientes para salir de allí con una sonrisa.

¡Qué extraño! Daba llamada, pero no lo cogía. Pensé por un momento que lo había pillado mal y que, por algún motivo, en ese momento, no podía contestarme. Pasó media hora

y volví a llamar. No lo cogía.

Aquello era cada vez más raro, porque nunca tardaba nada en cogerlo.

No quería preocuparme. Pero me estaba poniendo nerviosa, cada vez más nerviosa. No sabía dónde estaba mi chico. Esperé a salir del trabajo y volví a llamarlo. No cogía el teléfono. Aquello ya me intranquilizó y, cansada de llamarlo una y otra vez, decidí telefonar a su padre. No me lo cogió a la primera. Aquello era muy, muy extraño. Volví a llamar. Cualquiera

que pasará por allí podía ver en mi cara una mezcla de preocupación y de desesperación. Finalmente, escuché una voz.

La voz del padre de Jose temblaba.

—Llevo llamando a tu hijo toda la mañana y no sé qué pasa. No me coge el teléfono —dije yo muy lanzada.

—Lo entiendo. Pero es que... — se hizo un silencio.

—¿Qué pasa? —pregunté yo asustándome.

—Jose se ha caído y lo están curando en urgencia —dijo queriendo quitar una importancia que era imposible obviar.

Yo tragué saliva y le supliqué varias veces que me dijera dónde estaba mi marido.

—¿Dónde está? ¿Qué ha pasado? Contesta, por favor.

—Estamos en el hospital. Jose ha tenido un accidente en el trabajo.

Cuando escuché aquello, se me heló el corazón. No pude articular

palabra. El padre de Jose me dijo la dirección del hospital y colgó. Yo estaba sola, completamente sola. Ninguna compañera del trabajo estaba a mi lado. La gente pasaba por delante de mis ojos y yo parecía ausente del mundo. No sabía qué hacer. Estuve paralizada durante unos minutos. Guardé mi teléfono en el bolso y decidí no pensar.

Pero, Natalia, cojones, tenías que actuar.

Por un momento, quise ser positiva. A lo mejor había sido un accidente

sin importancia. Pero no podía engañarme. La voz del padre de Jose lo delataba. Era una voz llena de tristeza que a mí me dio que pensar. Ni corta ni perezosa, monté en mi coche y me fui en dirección al hospital. Tenía que ver a mi marido. No sé qué había pasado exactamente. Pero la cosa no pintaba bien. Si el padre de José estaba en el hospital, aquello tenía que ser grave, muy grave.

Pisé el acelerador a fondo. Si me hubiera pillado la policía, seguro que me habían multado y me habían quitado el carné del coche. Iba

como una loca. Estaba deseando llegar al puto hospital. Mientras conducía, comencé a llorar como una niña.

No tardé en llegar. A la velocidad que iba no podía tardar. Pero a mí se me hizo una eternidad, una auténtica eternidad. Aparqué el coche en el primer lugar que vi un hueco. Bajé enseguida. Se me olvidó cerrar el coche. Estaba como loca. Cuando llegué a la puerta de Urgencias, me encontré al padre de Jose.

Su cara era de dolor y agotamiento

total. Yo me encogí de hombros. Me hundí de repente. Pero quería saber dónde estaba Jose y que le había pasado en el trabajo. Me acerqué a su padre y no hizo falta que le preguntara.

—Natalia, mi hijo... —gritó desesperadamente.

—¡Quiero saber qué ha pasado, por favor! —elevé mi voz para que aquel hombre reaccionara.

—Esta mañana se ha caído de mucha altura, sobre su cabeza.— respondió sollozando y tembloroso.

—Pero, ¿qué me estás contando?
No puede ser verdad, mi Jose. No
puede ser verdad.

Yo no me quedé quieta. Entré
corriendo al hospital. Era la puerta
de Urgencias y, en ese momento
justo, vi el cuerpo de Jose sobre
una camilla completamente
entubado. Salía de alguna sala de
diagnóstico.

Médicos y enfermeras lo
acompañaban. Sentí un escalofrío
recorriendo mi espalda cuando
observé aquella imagen. Yo no me
lo pensé. Me tiré al suelo de

rodillas y comencé a llorar desconsoladamente.

Pude ver la cara de preocupación en los médicos que me miraron con tristeza y con compasión. No me salían las palabras en aquel instante. Pero necesitaba preguntarles cómo estaba mi marido, cómo estaba el hombre de mi vida.

Los médicos se miraron entre ellos. Parecía que no quisieran decirme nada debido al estado de nerviosismo en el que yo me encontraba. Yo volví a caerme. La

enfermera volvió a levantarme e intentaba animarme por todos los medios.

—Tiene que ser fuerte —me susurró aquella mujer al oído.

—¿Qué ha pasado? ¿Adónde se lo llevan? Por favor, es mi marido. ¿Cómo está? —supliqué una y otra vez mientras la camilla avanzaba por un pasillo sombrío. Las luces se iban encendiendo según pasaba el cuerpo de Jose.

—Señora, no pierda los papeles. Ahora él la necesita entera. Mire,

siéntese aquí. Ahora mismo viene el médico y hablará con usted.

Hice caso a aquella amable enfermera. Me senté en una silla que había en ese pasillo por el que la camilla de Jose había pasado. No paraba de temblar. En aquel instante, me apetecía estar sola. Además, quería esperar al médico para que me informara exactamente de cuál era el estado de mi marido.

De repente, apareció un médico joven. Avanzaba por el pasillo muy despacio. Mi corazón comenzó a latir muy deprisa. Lo estaba

esperando. El hombre me miró con ternura y se sentó a mi lado. Su bata blanca imponía. Por un lado, quería escuchar lo que aquel hombre me iba a decir. Por otro lado, me negaba a oír lo que, en breves instantes, por desgracia escuché.

—¿Es su mujer, verdad? — preguntó él con calma.

—Sí, soy Natalia.—dije yo muy nerviosa. — ¿Cómo está? Parece que se ha caído o algo así.

—Sí, tiene un golpe en la cabeza. Un traumatismo craneoencefálico

—la voz del médico sonaba a ultratumba.

—Pero, ¿cómo está?

—Aunque no lo crea, estos momentos son tan duros para usted como lo son para mí. Usted es su mujer y él es mi paciente. Créame que hemos hecho todo lo que está en nuestras manos —explicó él apenado.

—¿Cómo? ¿Cómo? ¿Hemos hecho?
—pregunté yo extrañada.

El médico estaba siendo prudente a

la hora de darme la fatal noticia. Yo lo miré a los ojos. Intentaba respirar hondo para tranquilizarme un poco. Pero era imposible. El médico colocó sus manos sobre las rodillas. Estaba buscando una posición cómoda. Aquello no me tranquilizó. No me gusta que nadie se sienta a mi lado de aquella forma y mucho menos un médico. Algo malo había sucedido. Algo terrible.

Los médicos no suelen sentarse con un familiar para darle una noticia. Eso solo lo había visto yo en las películas.

Se hizo un silencio largo. O al menos a mí me lo pareció. Una de las manos de aquel médico se puso entonces sobre mi hombro izquierdo. Aquel gesto de ternura me puso todavía peor. Y entonces me lo dijo.

—No sé si saldrá de esta...

Hice como que no la había escuchado. Parecía que estaba viviendo una auténtica pesadilla. Yo, en el fondo, confiaba en que en cualquier momento iba a despertar en mi cama, sudada y con escalofríos por el terrible sueño

que estaba teniendo. Luego, giraría la cabeza y a mi lado estaría Jose. Yo volvería a mirarlo con dulzura. Quería pensar eso. Pero no. Me equivoqué. La realidad era que ella. Yo estaba sentada en el pasillo de un hospital donde un médico amablemente me acababa de decir que mi marido se moría.

Yo lo miré como quien ha visto a un fantasma. No podía creerlo.

—¿Por qué? —pregunté yo a punto de desplomarme.

—El golpe ha sido demasiado

fuerte, Natalia. No se podía hacer nada. Tiene muchas partes inflamadas y no podemos intervenirlo —dijo él con serenidad.

Me daba la sensación de que no era la primera vez que aquel médico daba noticias como aquella.

—¿Por qué? —volví a repetir como una tonta.

Salí de allí corriendo. No quise mirar al médico. Necesitaba aire. Necesitaba aire fresco. Yo me quedé en la puerta. Necesitaba la

soledad. Necesitaba la soledad y no pensar, no pensar en nada. Pero eso era imposible.

Tenía que asumir lo que estaba pasando, pero no me daba la gana. Y eso no se asume nunca. ¿Cómo se puede aceptar una cosa así? Por la mañana nos habíamos despertado tan felices y ahora yo me encontraba en la puerta de un hospital donde acababa de escuchar por boca de un médico que, dada la gravedad de aquel golpe.

No pensaba que aquello pudiera terminar así, no podía creerme el

mazazo que me daba la vida, allí me quede, fuera de la UVI, en un rincón, fumando como una loca, esperando que todo el universo conspirara para que el hombre de mi vida, no me dejara sola...